

Yo no vine a escribir una novela

Sandra Benítez Diosa



Universidad
Pontificia
Bolivariana

Sobre la autora



Sandra Benítez Diosa

Nació en Medellín en 1987. Comunicadora de la Universidad de Antioquia, Magíster en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana. Con experiencia en diversos procesos creativos, sociales y culturales de la ciudad, de donde ha surgido su interés por la escritura reflexiva y las estéticas disruptivas en la creación literaria.

Yo no vine a escribir una novela

Sandra Benítez Diosa

C863
B467

Benítez Diosa, Sandra Maryori, autor
Yo no vine a escribir una novela / Sandra Maryori Benítez
Diosa, autor, Juan Guillermo López Fernández, asesor --
1 edición --Medellín : UPB, 2021.
104 páginas, 17x24 cm.
ISBN: 978-958-764-918-5 (versión digital)

1. Literatura - Colombia -- 2. Narrativa - Colombia -- I. López
Fernández, Juan Guillermo, asesor. -- II. Título

CO-MdUPB / spa / rda
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Sandra Benítez Diosa
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Yo no vine a escribir una novela
ISBN: 978-958-764-918-5 (versión digital)
Primera edición, 2021
Escuela de Educación y Pedagogía
Facultad de Educación
Maestría en Literatura

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Educación y Pedagogía: Guillermo Echeverri Jiménez

Directora de la Facultad de Educación: Sonia Isabel Graciano Jaramillo

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Mercedes Ruiz Mejía

Corrección de Estilo: Isadora González

Dirección Editorial:
Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Telefax: (57)(4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1946-08-02-20

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Contenido

Introducción	7
Capítulo 1. Fractal. Lanzamiento / Caída	9
Carta cínica a quien escribe	9
Morirse también es preguntarse	12
LAGUNA DEL ANÓNIMO	15
Grito final	17
Pliegues	22
Hombre pequeñito	23
La misericordia del recuerdo	24
La sombra, o una ciudad donde no sale el sol	27
Lucha/Giro/*Destrozo	29
Hay un roto en la cortina	43

Capítulo 2. ¡!-- Rasguño!-- ¡!	43
Hay un roto en la cortina	43
Un trabajo ejemplar	49
El inodoro	56
Los caramelos o el arte de abrigar una esperanza	59
Capítulo 3. Kintsugi y Soldadura	75
Unidades de búsqueda	94
Referencias	101

Introducción

El presente trabajo comprende las creaciones literarias producidas en el proceso académico de la Maestría en Literatura, las cuales se enmarcan en tres grandes escenarios denominados: **Fractal, Rasguño y Soldadura**, cuya premisa originaria es la imposibilidad de cumplir el mandato lineal de la narrativa clásica: *inicio, nudo y desenlace*, tanto por el advenimiento de una modernidad llena de estallidos y mentiras, como por los rotos y destrozos de los que somos sobrevivientes. Son tres conversaciones incómodas, animadas y exaltadas por relatos, poemas, anotaciones e ideas epistemológicas propias y las referencias literarias de otros autores a quienes, con respeto, he invitado a participar de este íntimo holocausto.

El primer capítulo recrea la conversación aguda y voraz entre una anónima fanfarrona y una ciudad que quiere *escribir-se*. Tensa conversación que despedaza moldes establecidos y retuerce sin clemencia los intestinos de una urbe ciega y farandulera. El segundo capítulo despliega una conversación, profunda y menos colérica, entre la anónima, ya golpeada por el peso de su soberbia, y una ciudad menos ensordecida. Ambas protagonizan una lenta inundación en la que la humedad, la noche y los trastos regados son los caballos de batalla. Finalmente, el tercer capítulo recurre a la metáfora del *kintsugi*, técnica japonesa para la reparación de la cerámica rota: cuando ha devenido el destrozo y reconocemos que somos historias en ciernes, nudos arrojados a la vida, surge la fuerza para soldar y restaurarse, para ello la literatura es una vía posible.

Las tres conversaciones están cruzadas por temas como la guerra, la escritura, el lenguaje, el amor, la religión y la trascendencia. Esta manera de escribir, en apariencia distópica y desordenada, obedece a un interés inicial que se hizo añicos cuando descubrí que no puedo escribir tradicionalmente, al menos no con mis fracciones dislocadas y arrojadas en ríos y avenidas de esta o cualquier ciudad del mundo.

¡Yo no vine a escribir una novela, pero ahí tiene! Permítase destrozarla, desmenucela y detéstela, si le toca, cada pellizco que genere será ganancia para el intenso camino de sabernos irresueltos.

----- Por favor, no espere nada de todo esto -----

Capítulo 1

¡!---Fractal--- ¡!

Lanzamiento / Caída

Base musical: Aneurysm. Nirvana <https://www.youtube.com/watch?v=MLZftUdy80w>

°-°---Carta cínica a quien escribe---°-°

Cuando se intenta escribir una novela se parte de una idea-centro, un tópico, un anclaje; algo así como la impronta desde donde se narra un mundo, un personaje, una cosa, una ciudad. Pero ¿qué sucede cuando en ese intento lo que se vislumbra es la ruptura, el descentro, la distopía, una multiplicidad de caminos, un cúmulo de elementos sin síntesis que solo son conjunto por estar uno al lado del otro? Te afliges y avergüenzas porque desilusionas, de ti se esperan gloriosas ideas, centradas, precisas, y cuando sale tu verdad, devienes en abismo, entonces sientes que debes cambiarte el nombre, escribir con seudónimo: tienes sobre ti el peso del intelecto y en la profundidad de la noche te burlas de eso, de ti, de todos los que esperan.

Aceptas entonces que no puedes escribir una novela, que estás rota, lo cual no es un sentir pordiosero o revictimizante, nada de eso, aprecias el roto y lo veneras, sabes que ahí está tal vez el hoyo de tu asunto, tu fuerza dispersa en trozos de sí que se hallan hurgando entre sus sombras, haciéndose preguntas irrisorias. *Iniciodo-desenlace*, la linealidad funcional de los modernos, una manera de contar la catástrofe, obligándola a ser algo.

Ese mundo en el que vives el que te hace topar con huecos y escribir sobre los trozos de las partes, abandonando la pretensión del “TODO”, conectando e indisponiendo lo global, sin formas, sin premeditaciones, urdiendo abigarrados modos de narrar que pueden ser comprendidos o quizás reflexionados, pero nunca sometidos al juicio racional de quien se explica las cosas por lo que son y han sido siempre. No estás haciendo una revolución, la que prometiste hace años y no cumpliste, aquella que encaraste con insolencia cuando todo iba mal, antes de ir peor; no estás sugiriendo un mundo alternativo, ni siquiera mejor, ni siquiera un mundo.

Sabes perfectamente que al mundo se le escondieron los dedos y que en tus manos está lo que queda, contar, sumar, restar, coger, palpar, y entonces escribes mientras maldices a tu madre; te borras, y rehaces, vas perdiendo poco a poco el susto a desdibujarte, carcajeas a menudo, te ríes de quien te dice ¡no! con insolencia y quien para decirte ¡sí! te llena de empalagoserías, te vas haciendo cínica, así como Diógenes, enciendes tu lámpara para buscar hombres honestos en la tierra, y te cansas porque ni siquiera tú te has encontrado, entonces preguntas ¿con qué honestidad buscas a otros igual de empantanados a ti, atiborrados con ideas de limpieza y buen genio, cuando saben que al caer la noche sus hombros estallan?

Destrozas el ego en pedacitos, cabalgas sobre las madejas de hilos blancos que dios dejó abandonadas al ser amordazado por todos. ¡Sí!, dios está encerrado y no es cierto que habite en cada uno de nosotros, no te sientas digna de tenerlo en una espinilla de la cara, dios no puede estar en todas partes, no tiene internet. Olfatea entre las basuras mientras espera que se haga justicia en cumplimiento de su eterna profecía: el hombre es un animal que se devorará a sí mismo, le basta un minuto de tiempo para perderse en su propia impaciencia; estamos hechos de vértigos y abismos, por fuera priman las plataformas lisas y se nos obliga a evitar lo corrugado, eso que en el fondo del bote dios podría estarnos representando hoy.

La estética del desastre se opone a la estética de la complacencia, en la que el sujeto goza de sí mismo. Es una estética del acontecimiento. Desastroso puede ser también un acontecimiento inaparente, como polvo blanco arremolinado por una gota de lluvia, una nevada silenciosa en el crepúsculo matinal, el olor de unas rocas en el calor estival, un acontecimiento de vacío que vacía al yo, lo desinterioriza, lo desubjetiviza, llenándolo así de dicha. Todos los acontecimientos son bellos porque expropian al yo. El desastre significa la muerte del sujeto autoerótico que se aferra a sí mismo (Han, 2016, pág. 63).

Ahora que sabes de tu roto, del paradero de dios y un mundo sin dedos, vas viendo cuán inútil es también tu historia, sonríes una vez más porque eres de la especie que no sabe lo que hace pero nos hace parecer que sí, poeta al fin y al cabo, con el corazón entre las uñas, sin filo y sin esmalte. Creas narrativas contundentes que indican el desmadre de lo que viene, o el cumplimiento de la utopía, pues en el fondo de tanto roto siempre se halla lo sensible: aquel monstruo benévolo y sufriente que se tapa los ojos para evitar la crudeza, para no morir de inanición, de hambre y amor.

Desgarras tu escritura en fractales, pedazos de un mismo espejo roto; algunos dirán que no tiene sentido, otros que es una falta de respeto. Total, existir es ya de por sí una afrenta contra algo, una tensión obligatoria que se encara, a veces con abrazos y letras, otras con balas y desganos. ¿Tu sentido? El lanzamiento, meterse por la grieta del descoso en un mundo que ha matado a dios, pero lo encarna y en su ignorancia padece sus angustias en el closet, las cobijas, los baños, las salas de estar y mal-estar.

Te deshonra entonces no poder escribir para un gran público, ves caer como moscas esos que admiran tu benevolencia y tacto, te molesta el escribir triste, así de desmembrada y no tienes más que verte allí, poseída por el vaivén siniestro de un son envenenado, sintiendo resentimiento y enojo, en un mundo que te pide a gritos ser algo, tener destino, y pasiones estables, y ¿tu? Tan corajuda que sabes ser eso y lo otro, pactar acuerdos, agendar citas, revisar informes y destruir la oficina mentalmente, riéndote con alborozo de toda esa crueldad, de ese platanal de alegría cívica institucionalizado por la modernidad para que al vender tu fuerza de trabajo te sientas como en familia, en un hogar, en un terruño frívolo de dos x dos metros, donde frecuentemente se esconden los sueños porque ese sentido (el de soñar) debe permanecer guardado, así como dios, si es muerto mejor, para que tu aventura no te distraiga ni te haga perder tiempo, y que cada que lo intentes el miedo te detenga, el terrible miedo a arruinar esto: el platanal, la familia, los cuatro metros cuadrados.

Después de acicalarte así de maltrecha y desteñida, no lo tomes a mal solo trato de corregir esas posturas rígidas y deshonestas que sostienes, desequilibrarse es también camino para todo, y su consecuencia no siempre es la locura, en ocasiones la soledad o el despilfarro de imaginación, eso es lo que te insto a creer, en el recodo de las cosas, en las aristas inversas de la realidad, a desintoxicarte de tanta palabrería rosada que venden en los empaques y a desanidar tu cómoda estancia en la vida novelesca donde los finales son “algo” que ocurre, donde la vida se enlaza con destreza, como si fuera un tejido fácil de bordar, como si 1942 no estuviera pulsando en un 2020, haciendo algo imposible o trágico o feliz, pero ahí, existiendo con agudeza y sigilo, un misterio eterno del por qué somos como somos.

Ya en confianza, puedo advertir lo que tú misma sabes: no encajas fácil en esta época, aunque te esfuerces en demostrar que sí; para ti la poética es la vida misma, y en ausencia de ella durante el peregrinaje humano moderno te dedicas mejor a detectar cinismos, pero callas como los cobardes que disfrutaban el espectáculo mientras otros se pelean. Yo prefiero decirte las cosas como son. No esperes mucho de mí y tampoco te ates a la desventura, devenir en trozos es semejante a estar viva, no eches a perder esa hermosa cualidad del arte que hace amar la vida tanto como la muerte, y para ello nos exige ponernos a la altura de los grandes escombros.

°-°--- Morirse también es preguntarse---°-°

Me gusta esta frase que Heidegger cita: "tan pronto como un hombre entra en la vida ya es bastante viejo como para morir." Frente a una tradición tan importante en Occidente -La que yo llamo de la "muerte negada" (Epicuro, Spinoza, Wittgenstein), para Heidegger, la muerte se encuentra en el comienzo de la vida. Vivir es ir muriendo. Aprender a vivir es aprender a morirse (Melich, 2012, pág. 57).

Querida, ante los ojos de este mundo moderno, "lo pulido" como otros se han atrevido a señalar, la muerte de la que empiezo a hablarte no es más que un fortín que nadie quiere ganar; todo está hecho para evitar que fenezca o para que tarde en vencerse, retrasando la llegada del moho y de la podredumbre. Pero no te asustes, no es que quiera encaminarte al delirio, es solo una descripción fútil del mundo que madruga a trapear. Occidente en eso de morirse no ha podido entender que gente como tú, que constantemente siente la muerte en los hombros y el dolor en la panza, mira con gallardía la vida, no como suerte, sino como pulso que por el solo hecho de emerger entra en contradicción: esa misma arritmia es la que trae los regalos.

El mundo de lo pulido es un mundo de hedonismo, un mundo de pura positividad en el que no hay ningún dolor, ninguna herida, ninguna culpa. La escultura Balloon Venus, en postura de parto, es la María de Jeff Koons. Pero ella no da a luz a ningún redentor, a ningún homo doloris cubierto de heridas y con una corona de espinas, sino a un champán, a una botella de Dom Pérignon Rosé cosecha 2003, que se encuentra en su vientre (Han, 2016, pág. 16).

Sigamos con el moho, realmente es lo que me interesa. Te decía querida que aquí en Occidente untamos la cuchara de mantequilla y la lavamos antes de untarla de maní, porque vemos en eso una contradicción, así como juntar papas con manzanas, nos es difícil la mezcla y la intersección, por eso la vida es pura y limpia en la medida en que está exenta de cualquier vestigio de muerte, es decir de aquello que hiede y se saca todos los días: la basura.

La muerte nos llega mientras vivimos, así mismo se nos va la vida sin advertirnos que morimos un poco en cada bañada matutina, y es aquí en esta magnífica época (entiende que soy sarcástica y perdóname por eso) en la que usamos productos y tratamientos láser para desaparecer el pliegue de la risa, para limpiar todo, dejarlo plano, así como te contaba al principio que solían ser las novelas de tradición burguesa *inicio- nudo-desenlace...* ¿Y la guerra?, como si esta no fuera un nudo del que nunca hemos salido, sin desenlace, con más madeja cada día, con más fuego y madera para arder, pero bueno como lo que prima es la limpieza mejor hablamos del autoagenciamiento, de la culpa que tiene cada uno por no hallar el éxito y lo miserable que eres al no poseer una cosa, una casa, un chécher adicional.

Anotación cínica A. *Son los gusanos los emisarios de la eterna muerte; somos nosotros los recién llegados a la vida.*

Anotación cínica S. *Comprender la muerte es una tarea que nos toma toda la vida.*

Anotación cínica N. *Cuanto menos comprendemos la sequía que nos precede, más chécheres queremos tener en la casa.*

Anotación cínica O. *Compramos y agarramos en el supermercado todos los productos, porque tememos al vacío de lo que en nosotros muere ya. En este hacer los gusanos nos retan a asumir un origen no puro, a experimentar un comienzo en movimiento, en deterioro constante, eternamente refrendado por los malos olores, las malas costumbres, los dolores.*

Somos un congelador caminando, ***alas*** de pollo sometidas a temperaturas extremas para permanecer frescas hasta la hora del consumo, no tanto a la hora de ***volar***, ¿qué es eso? No sufras por tanta barbaridad, sé que has leído y visto mucho por ahí en libros de grandes hombres y mujeres, aunque a ellas, más que a ellos, les ha sido difícil poder decir con nombre propio, y de eso eres una lamentable heredera, no firmas lo que escribes a menos que sea benevolente, o “justo” o un

correo institucional que terminas con el “cordialmente”, aunque en el fondo se esté declarando una guerra, porque de no haber respuesta “efectiva”, se enciende la hoguera de burócratas enviando más y más correos, hasta ahogar al último hombre que como K, el agrimensor del Castillo de Kafka muere sin hallar un radicado, una insignificante respuesta a un carta; así es la guerra del platanal donde laboras, del que también te has sentido orgullosa, ojalá eso sintieras con lo que posees: tu escritura.

Anotación cínica C. *La muerte es una asignatura pendiente en la escuela, un camino que se aprende con el incremento de silencios, agachadas de cabeza, aperturas, oídos abiertos, y el NO.*

Anotación cínica A. *¿Quién gobierna entonces el universo? ¿Es el cosmos una suma o una resta? Tal vez la respuesta esté en multiplicar lo que posee nuestra alma por la cantidad de microorganismos de los que estamos compuestos.*

Anotación cínica O. *Ni la vida ni el cuerpo son infinitos... ambos son desechos que terminan siendo tierra, polen y energía celular.*

Anotación Cínica S. *¿Qué somos entonces cómo especie?... ¿Por qué los gusanos, lo feo, lo excluido no suele hacer parte de nuestra belleza?*

Seguro piensas que me desvié del tema, no, sigo hablando de la muerte, de esas maneras atroces de entenderla en Occidente. La burocracia es la limpieza y organización excesiva de las instituciones para que no funcionen, así pasa entonces con la vida, somos un cúmulo de K en busca de respuestas, de radicados perdidos, en medio de un purismo frío y organizacional que aparenta ser amoroso y acogedor, pero es profundamente tirano, cuyo mayor despotismo consiste en no aceptar, ni siquiera inmersos aún en el flagelo de la guerra fría que no acaba, que somos inviables así como venimos **siendo**, que es urgente cambiar de gerundio histórico. Tal vez si nos atreviéramos a una cuota mínima de cinismo y abrazáramos los trozos de humanidad que hemos dejado en los alambrados de las fronteras; en cada sueño escondido bajo el escritorio y cada media rota que se bota por pereza a ser remendada; en cada amor muerto por la incapacidad de contradecirse; si aceptáramos eso que es sombra, quizás recordaríamos la vida y glorificaríamos la muerte como único tránsito a la verdad de lo que somos, nada (y todo).

Anotación cínica C. *Los gusanos hablan a los humanos como especies pares, como seres de la misma especie. Sin duda que lo son. Es tan frágil la existencia humana que sus interlocutores más legítimos, en la eternidad, son ellos.*

Anotación cínica A. *Morir es el fin del cuerpo y el comienzo de un jardín, un árbol o un arbusto.*

Anotación cínica E. *En la muerte no hallamos jerarquías. Los gusanos son maestros de la democracia.*

Es por esto que te digo que puedes ver los destrozos, solo imagina que se requiere coraje para tener mil metáforas en la cabeza, eso se lo debes a las condenas, a las explosiones interiores y foráneas, a los llantos opacados y miedos desterrados, al aviso de mamá de que llegaba tarde y entonces escribes como si fuera cada instante un último obsequio concedido, entiendes que escribir es morir un poco, un tránsito insoslayable a esa que eres y niegas cada medio día, una Caronte que ayuda a transitar almas por **la Estigia y cobra para sí un óbolo, pues tú misma has pagado ya bastante por tus tributos.**

LAGUNA DEL ANÓNIMO

*Déjame pasar Caronte,
Si me das tu risa asiente él.
Sus arrugas, muestras de vida, nublan mi entendimiento,
¿Cómo reír para un hombre de silencio?
¿Qué importancia tiene así la risa?
Es un óbolo, responde.*

*Hostil, a su manera,
Prudente como el agua presagiosa de tormentas,
Un anonimato a costas gobierna el Hades,
Exime a quienes otorga el beneficio del estatus,
Condena a errar al moroso y pobre.*

*¡Oh, Caronte! cuánto de ti deja el mar de sospechar,
Tu sabia labor de tránsito y angustia ayuda al mundo a despedirse,
Tu barca sobre la Estigia navega oronda,
Envías a la noche un mensaje permanente,
Nunca exhalas.*

*Oigo un ruido, déjame pasar,
Son noticias propias,
Déjame pasar,
Te animaré cantando, déjame pasar,
Ahora lo sé Caronte, temes a estar vivo en el mundo de los muertos.*

Infinitamente habrá un hueco en el cual pararte erguida porque reconoces, a través de la *vida-muerte-vida*, que eres un trozo de algo, que a su vez fue un pedazo de algo, de alguien; dejas de escribir en primera persona como suelen decir que lo hacen las mujeres y te lanzas con un ejército de palabras a desencadenar fracciones inmovilizadas. Seguramente de allí no saldrá nunca una novela, tampoco lo esperas, sin embargo sabes que esto puede estallar en un vilano cálido y simple que esparce al viento sus hilos plumosos para tocar los poros recónditos de la existencia, esa, querida, es tu escritura, sin tendencia, ineludiblemente nombrada.

No, no viniste a escribir una novela, porque tu escritura es plegaria, se te agota el tiempo en súplicas fervientes para que las palabras te dejen ser lo que no puedes, que te abran los brazos y tengan misericordia de tu vacío, que permitan que nazca tu abismo, ala y nicho; suplicas esta oración una y otra vez porque sabes que llegará la redención, incluso con la muerte. Humildemente, desterrada ya de ese sesgo moderno de creer que estás por encima de dios, habiéndote enterado de que posees tan poco como mil palabras juntas, te abasteces de los pedazos de vida que te toca sacudir, ya no intentas encajar porque la muerte será un buen merecido para quien vivir pudo en la libertad mínima de reírse del absurdo omnipotente que nos hace denigrar del presente por una caca de perro en el andén y anhelar la vida eterna.

Y cuando alguien muere la primera pregunta es siempre: “¿De qué?”, “¿De qué ha muerto?” Como si se tuviese que morir de algo, como si el morir no formara parte de la vida, como si la vida no fuese un ir muriendo. La muerte no es una enfermedad entre otras, sino la enfermedad de la vida (Mélích, 2015, pág. 68).

Esta no es una defensa anarquista del destrozo, sino una perspectiva ética del mismo, algo así como un conjunto de fragmentos explicados por su propio harapo. El cínico Diógenes que desde su barril construía mundos, no hilvanaba con racionalidad un discurso, pero sus despropósitos y desacatos se convertían en surcos que lo narraban a él y desestabilizaban un sistema de ideas que sobrepasaba, no porque se considerase un ser de otro mundo o un animal de galaxia, sino porque tenía conciencia de que el cuerpo hiede, al morir se es nada y esa debería ser la interpelación permanente a los poderes extremos y deshonestos, a los pedestales infames que solemos aplaudir con idiotez todos los días.

Cada vez que mires por el ojo de una aguja, un hueco que ha dejado una bomba, un tiro en la ventana, o creas que sobre ti se ha posado la certeza, recuerda lo irrisoria que eres, pues cuando creemos ser aire, llega una tormenta eléctrica y nos tira contra el piso... Sobre esto sería aburrido escribir una novela, pero sí necesario deletrear las clorofilas humanas de las que estamos hechos, que pugnan, zanzan y se ríen de su propia tragedia; mofarse por ejemplo del poderoso que ostenta la fuerza, se cree el relato del poder extremo y asiduamente limpia sus manos, ropa y corazón, mientras sus intestinos llenos de mierda no pueden ser enjuagados, porque hay lugares que todavía no están al alcance de lo humano.

Grito final

Una ventana blanca.

Un cuchillo.

Una mirada intensa sobre la ventana.

Una mano que empuña el cuchillo, un grito final, definitivo; una huida de lo otro, para llegar a sí mismo.

Un vuelo quizá, o una palabra, un movimiento réptil y cínico.

Un giro brutal, inesperado, un trozo de pan en el suelo.

Triturarse el dedo con el marco de la ventana

Herir con intensidad... una palabra,

Gritar y huir del mismo sitio,

Arrastrarse más, sin cinismo,

Enterrar el cuchillo, sin ver la sangre,

Enterrarse el cuchillo y querer vivir,

Pedir entonces un trozo de pan.

*Es la pequeña muerte,
La Diosa muerte,
La madre que ronda por entre ventanas,
El marco de madera blanco teñido de olores,
La luz inclemente mostrando un camino.*

*Abro la ventana,
Están cerca,
El sol puede acariciarme mientras tanto,
Llegan los nuevos pobladores,
El mar, su agua, su viento,
Los celos de la mosca y el gusano,
La danza efímera de un hechizo.*

*Es hora ya de que lleguen,
Y es hora de partir,
Que more el tiempo perdido,
Que surjan las semillas irresueltas,
Que se camine entre sombras,
Que el paraíso esté eternamente extraviado.*

Has situado “lo vivo” en la cúspide de la existencia humana; has hecho de ella un concepto industrial y saneado. El pensamiento binario sobre el cual labras las más profundas concepciones de la vida te obligan a abrazar la linealidad del destino: *nacer, vivir y morir*; continuamente sobre el vivir impones el mayor orden de jerarquía, asumiendo que es antónimo al último momento... el descenso. A esto mismo me refería antes cuando te instaba a salirte de la linealidad narrativa *inicio-nudo-desenlace*, a volverte impopular, pues el haber comprendido el desecho te obliga a labrar modos de decir más torpes y genuinos. Seguramente me juzgarás por invitarte a reconocer lo que has negado, la muerte por ejemplo, pero confío en ti y tu inmenso destrozo, conmigo no tienes que fingir, no soy tu público.

Te he hablado de los modernos, el poder, la muerte y el espanto, es posible que todo esto te tenga enmudecida, pero necesito echar las cosas en un mismo saco para que pueda pesarte lo suficiente y quieras destrozarlo llenándote de palabras, sin eso, querida, escribirías una novela, venderías mil libros y bien sabes tú que, habiendo sido víctima del espectáculo bochornoso de la vida, a lo mínimo que podrías aspirar sería a descorrer tus ventanas y decirte la verdad, en una época, insisto, que hace liso lo corrugado mientras un destino indiscreto se burla de todos.

Has negado tu muerte tantas veces y devenido en religiones, como si buscaras a un dios encarcelado, al que le obligamos que nos juzgue y sancione ¡paradójico! que sea un “delincuente” preso de todo, quien nos doble la moral.

Te sientes superior y lo celebras; intestinos sucios, dientes blancos, sueles limpiarlo todo porque temes que una bacteria te mate. Limpiar tanto un cuerpo que se ensucia, asear las vísceras y las mentes, despilfarrar absurdamente la vida, sacudir el polvo como condena, obstaculiza la muerte a cada instante, nos apresura a una vida sin aprendizajes y sin trascendencia.

Ante tu rara comprensión y ese vicio decadente de dividir las cosas en dos (*blanco-negro-alto-bajo-inteligencia-tontería*) experimentas el inclemente sufrimiento y la lealtad moral frente al acto material del morir. La infatigable arrogancia, mecánica, que disfraza el miedo a la muerte en asepsia absoluta y consumo desmedido de todo lo “vivo”, que por estas épocas lo hallas muy de cerca en centros comerciales, supermercados y lugares de gasto de capital o, “en ocasiones”, el olvido de que eres carne en deterioro y en su lugar el cuerpo como fetiche de lo eterno, cosa remediable que se perfecciona y modifica.

*La muerte es grande.
Somos los suyos
de riante boca.
Cuando nos creemos en el centro de la vida
se atreve ella a llorar
en nuestro centro.*

(Rilke, 2017).

Esta muerte negada también ha sido útil para que la religión haga del periodo del vivir un momento de prueba y juzgamiento: llegar a la muerte significa un “haberse pulido” para enfrentar a un dios juez (encarcelado como te he dicho). Poco has aprendido de la dialéctica; de la presencia de ambas dimensiones en el trayecto mismo, lo cual te ha hecho soberbia, aprecias la verticalidad y sumisión de todo orden de la naturaleza bajo tu yugo y habitas el anhelo fecundo de una vida eterna.

En medio de tu vida, contemplada desde los cronos agotados de la especie, surge una emergencia, el espacio, un espacio que se derrama y mezcla, que se sale del rectángulo imaginario de una hoja de papel y abandona los tonos blancos y negros de tu pensamiento, esto es bastante significativo si comprendemos la importancia de irrumpir esa asepsia asfixiante y sugerir que el mundo en sí mismo está hecho de madejas y entuertos, de rizomas y lugares de alterabilidades.

La palabra heterotopía le llegó a Foucault desde la clínica. En el siglo XIX la Academia Médica de París, interpretando las teorías de Lébert, un médico especializado en tumores, acuñó las palabras heterotopía —que se traduce al español como “error” de lugar— y heterocronía —que se traduce como “error” de tiempo— para designar a los órganos o tejidos que se encuentran desplazados del sitio donde se encuentran habitualmente (Alonso, 2014, pág. 1).

El surgimiento de la palabra misma da cuenta de un desplazamiento, un desgarro que des-ubica un órgano, cosa, o ser, la emergencia de un tumor o alteración de un orden preconcebido, de una ruta conocida. Por lo general, la heterotopía tiene como regla yuxtaponer en un lugar real varios espacios que normalmente serían, o deberían ser incompatibles (Foucault, Topologías, 1966).

Disponer los espacios de muerte y vida en distancias paralelas: por ejemplo situar los cementerios en las afueras de las ciudades por el miedo a la infección, o quizás por el susto que produce lo que se es, son procedimientos que los que son como tú vienen padeciendo, aunados también a vigentes encrucijadas como la coexistencia de resistencias en contextos de guerra, el tránsito revuelto por lugares de “todos” en el que circula la alteridad y la esquizofrenia de lo diverso; territorios de paz y conflictos bélicos en un mismo tierrero, voces y símbolos que incitan al exterminio, y otras que reclaman libertad.

Cuando Foucault aplicó el concepto al territorio —inspirándose en un texto de Borges en el que categorías lógicas que eran semánticamente incoherentes formaban parte de una misma clasificación alfabética—, se le ocurrió que una heterotopía sería un lugar real en el que se yuxtaponen espacios incompatibles que, en apariencia, solamente podrían estar juntos en la literatura. Para él, “lo imposible no es la vecindad de las cosas: es el sitio mismo en el que podrían ser vecinas” (Alonso, 2014, pág. 1).

Acabo de darte otro pinchazo: la guerra. Que no es ajena ni al roto, ni a la muerte, ni a la limpieza, debo aclararte eso sí que no me gustaría que entendieras

que la guerra es igual a conflicto; en la primera prevalece la máxima causal por la que se lucha, mientras que en la otra (el conflicto) simpatizan múltiples tensiones y fisuras que constituyen una inmensa gama de posibilidades, es por ello que la guerra es el mayor depredador, porque no deja opción, es un verbo irregular que hace que las cosas, los seres y las palabras se emplacen, queden sitiadas.

Cuando la guerra ha "pasado", si es posible tal acontecimiento, quedan los lugares de memoria, o los testigos directos de los surcos hechos y allí sí que confluyen espacios otros, otros espacios marcados por la nostalgia, la risa, el llanto, la resiliencia, el arte y en coherencia con la época actual: el comercio y la visión capitalista del recuerdo, como lo plantea Melich en uno de sus fragmentos reflexivos al describir un espacio heterotópico (Auschwitz): "hay turistas haciéndose fotos. Hay familias que pasean por el campo dándose la mano. Hay gente que ríe. Dos parejas de enamorados se abrazan y se besan frente a la cámara de gas y los hornos crematorios. El llanto de un recién nacido rompe el silencio. Después, a la hora de comer, en el comedor, todo mundo come en el self-service. ¿Dónde está el lager?" (Mélích, 2015, pág. 96).

Si la meta es que haya algún espacio en el cual se pueda vivir la propia vida, entonces es deseable que el recuento de las injusticias específicas se disuelva en el reconocimiento más general de que por doquier los seres humanos se hacen cosas terribles los unos a los otros (Sontag, 2011, pág. 63).

Cuando se ha emplazado todo y se perciben surcos amargos y devastadores surge la ineludible responsabilidad de narrar la caída, el descoso más grande del que todos somos deudores solidarios: la guerra y su expulsión. ¿De dónde echar mano para todo esto? Puede haber algún vestigio colgado de un hueso, o pared, algo que se resistió a petrificarse para seguir siendo carne, un testimonio vivo de las fronteras creadas; pero no intentes lanzarte como una periodista novata que pregunta qué pasó, ¡ni siquiera importa! Habla del hueco y del hoyo, es más ético finalmente restregarse en la cara la fealdad de lo acontecido que disfrazar en charlatanería barata una historia con final triste. Perdona que sea dura contigo, pero la guerra nos ha dejado el peor de los vicios: el embeleco con las falsas ternuras.

Pliegues

*Heme aquí sobre la piedra gris de la paciencia,
A la espera de un encuentro inaplazable,
Una fría terquedad recorre el cosmos,
Ya no estoy sola.*

*Con el alma guardada en un frasquito,
Abandono la virtud en un rincón,
No preguntes si estoy lista, es infame,
En el mundo del jamás, un siempre es corto.*

*Concurre sin halagos ni cariños,
Esta vez podré entender tu sobriedad,
Toca entonces ese vals que tanto agobia,
Mientras tanto para mí sirvo un champán.*

*Me verás llegar con amarguras,
Con arrugas disonantes y un papel.
Siéntate a tomar mientras respiro,
Que en tu yugo de pasión relojes sobran.*

*Me han contado que contigo el tiempo es negro,
Lo que importa ya está hecho por aquí,
Es un último soneto el que hoy escribo,
Se hizo tarde, vámonos a pie.*

¡Estoy cansada!, tendré que correr la butaca de madera. Desgasta mucho hacer ver al otro algo, de hecho este es también un acto estúpido, nada puede hacer que otra vea sus propios agujeros, bueno esa quizás es tu tragedia, y la mía la terquedad de creer que sí se puede, ahí nos vamos acompañando las dos en el desatinado sendero de mentirse menos. Me preguntas ¿qué espero de todo esto? tal vez un milagro, aunque no tengo claras mis creencias ni preceptos religiosos, y tú vienes de una estirpe que quiere explicarse todo racionalmente, al tiempo que se hunde en el fango del sinsentido.

Lo que espero niña, por llamarte así de minúscula, es una escritura menos solapada de lo que eres, sin la moralidad absorta en el deseo que los atributos de los demás han fijado en ti, sacudirte un poco, roerte y destrozarte si me toca. No llo-

res, no es para tanto, te acostumbraste en demasía a los caramelos y aquí solo estás hallando calderos deseosos de ser trillados; sé que todo esto es horrible, quisiera regalarte un capítulo de muñecas y princesas desvalidas, pero sabes que desde pequeña tú misma las desmembrabas (a las muñecas y a las ideas) les quitabas el pelo y las cabezas, para que fueran otra cosa. Un día sembraste en una matera la pata de una Barbie esperando que retoñaran pies y caminos, otro día creíste que al sembrar una mano obtendrías dedos y uñas, pero ni árbol ni flor nació de todo eso, solo un par de helechos al lado de las patas y las manos, un cuerpo partido en seis pedazos y un regalo de noche buena que pasó a la historia como el más despreciado de todos.

Hombre pequeño

*Hombres de oro, sudor y sombra
Lúgubre fue aquella, tu descendencia,
Luminoso quizás tu camino.*

*Ejemplares del sol y la muchedumbre,
Revueltos los ojos con las narices,
Las castas y los dioses.*

*El vino, pan compartido,
Almíbar copioso de todo festejo,
Fruta bendita de la comunión.*

*En plata ahora te has convertido,
Herrero sin faro, con escopeta,
Suplicio errante de la verdad.*

*Con bomba y metralla vagas ausente,
Sabiéndote solo, vistes de gala,
Compraste mil almas hace ya siglos,
Pero tu tragedia sigue en venta.*

*Aplaudes las luces, y guardas tus sombras
Si el cielo se esconde lo mandas a hacer,
Sostente con fuerza hombre pequeño,
Que la luna sale y te muestra quién es.*

*Pero ve tranquilo, estás sin ayudas,
Ni los dioses mismos supieron guiarte,
Recibe con gracia la próxima estrella,
Aquel paraíso también concluirá.*

*Hierro sin brillo, estirpe acabada,
El mismo universo se empezó a agotar,
Abraza la vida, hombre pequeñito
La muerte ya llega, es el final.*

Escribir en otro orden, sin títulos ni subrayados, en un mundo que ya está descolocado, o que al menos empieza a autodesgarrarse, qué bueno que tú también, así como el mundo, te empieces a cansar de todo lo puesto (emplazado como la guerra), que te permitas los reversos y contrasentidos, que te declares en derrota, y bajes las armas, desocupes las manos y escribas con el despojo de lo que antecede, porque quizás no halles otra época mejor para sacar retazos y hacer junturas, paradojas, absurdos, si lo haces, querida, hallarás menos juicio de mi parte, me darás paz; coloca un vientre sobre una mano, una oreja en un alfil, desplázate también, crea ya tu propio éxodo, desafía tu singular estallido, camina hacia adelante y atrás, no olvides también la espiral, y donde halles un sol, un trapo y un zapato, haz una fiesta.

La misericordia del recuerdo

Llegan y llegan, justo hoy que está sentada en la primera banca de la iglesia. Una imagen veloz del árbol de manzana. La nube azul desgastada por el viento. Tres sonrisas macabras de fondo que yacen sobre las tinieblas. El sermón sigue con su habitual ritmo desacelerado; una vez más llega y punza en su corazón el recuerdo de su madre, un cigarro encendido en la mano derecha y la multitud de hormigas caminando por el pollo de la cocina. Es hora de irse, la misa ha terminado para ella, aunque sabe que no termina ni la misa ni la procesión, que todo lo que está y experimenta se queda, y no como quien asume que la vida es eso, un sinfín de acontecimientos desencadenantes ¡no!, ella está segura de que todo lo que para otros ha terminado, estará esa noche, u otra noche acompañándola, esa es la certeza que la aterroriza.

Buenos tardes dice su vecina que vende flores, las hay azules, amarillas y blancas, ¡esos colores!, exclama ella con profundo regocijo. Un jardín florecido en el pueblo, un rallador de aluminio, una luz roja en los ojos, tres recuerdos en un solo instante, tragedia para quien se siente estoica en cualquier acto imaginativo. Ahora en el bus resuena la misa y el sermón, llegan a su vida los colores de las flores, saca entonces un pastel de arequipe que tiene en el bolso negro de ásperos flecos; ingiere esa delicia como quien ha padecido el hambre siglos enteros, como si concretara en ese pastel la saciedad de luz de la cual carece.

Se aproxima la parada del bus, no cuenta con la ventaja que trae ser olvidadizo, y no recordar de vez en cuando la parada, sería fantástico que así le sucediera, perdería el control de un espíritu corroído por la recordación, por un volver con insistencia a viejos sitios y personas. Ella es en el fondo feliz, sabe que cuenta con una virtud que la condena, pero le confiere la tregua de un estar siempre en todo, de hacerlo eterno. Su conquista de la inmortalidad es sin duda ambulante a donde va, todo lo lleva puesto.

Baja del bus y pasa su mano izquierda sobre el pelo, se acicala el cabello, vuelve a respirar hondo y reconoce que su cabeza es un mar inmenso de posibilidades que no terminan. Constantemente su esposo le ratifica que es insoportable, que vivir con ella es un delito, recordarlo todo es una desventura agrega para sí misma. No sabe qué hacer con lo que es y ha sido, con esa conjunción permanente que no logra distinguir. Qué hacer con esa que no deja nunca de recibir noticias propias.

Ocultarse, ¿dónde esconderse?, dejar de saber que es algo o alguien, cada momento que pasa se agudiza más su herida. Sus recuerdos la espían. La vitrina ambulante de calcetines rojos que observó por la ventana del bus, las manos arrugadas de su abuela que teje croché, el cristo pegado en la pared de la casa de su tía Leonor, ¿qué hacer con esta agonía de blanco? Con esta

hambre irrefrenable y voraz de límite. La infamia, el matrimonio; ella logra devenir en todo, tanta certeza agita su espíritu y resta aventura al arte de vivir ¿Acaso no puede su vida alcanzar orden? Si por lo menos sus recuerdos aparecieran con misericordia, primero uno, luego otro, pero no.

Camina desde la parada de bus hasta su casa, pasa por el parque central, observa a cada quien sentado en una banca, pero ella, aquí esquizofrénica, con un absoluto revuelto, con tantas palabras por destejer. Ahora tiene miedo de ver, oír y palpar, sabe que todo vuelve a aparecer, si por lo menos el universo le concediera un minuto de presente, un atisbo de dulzura en la experiencia de lo que significa un minuto, efímero, mortal, incapaz de retorno.

Continúa caminando y luchando combativamente contra la profusión de imágenes, todas las ha visto antes, lo que oye lo ha oído, lo que saborea ahora ya lo ha saboreado... ¡Maldita sea la vida! perjura, sabe que su enemigo la abraza sobre todo si está sola. Entra a la tienda de don Lucho que queda en la esquina del barrio donde vive, pide un café caliente, para ver si su alma se reconforta. Al final de la jornada, cuando sus piernas reposan en el taburete del café de la esquina, cuando su respiración recorre surcos de normalidad, siente que la solución de aquella angustia ha llegado. ¿Pero cómo puede alguien tan insignificante y sencillo como una vendedora de libros de editoriales baratas atreverse a tal hazaña? ¡Sí!, en la flexibilidad de sus dedos, en la orgia siniestra y bella de sus manos pulsando la vida, ahí está su tarea hoy, más que nunca, como exorcismo sigiloso a las palabras y objetos que recorren campantes su cabeza, la solución está en sus manos, en abrazar la pluma y escribir, escribir, escribir, escribir su historia nunca hecha, ni dicha, ni contada, eternamente enloquecida.

Continuará...

°-°--- La sombra, o una ciudad donde no sale el sol---°-°

Has transitado entre el cinismo y la dureza de mis palabras, te has sentido entonces responsable de la caída del mundo, escudriñas la basura como bestia hambrienta esperando hallar noticias propias, algo que te recuerde a ti porque tanta pulcritud te ha borrado las pecas y las nalgas, ha desdibujado lo que eres. Continúas ansiosa hociendo la “esencia”, buscando a dios bajo las piedras y los zócalos, mientras este pide a gritos que lo liberes, juega al escondido contigo, va a tus espaldas cual sombra coreográfica de tu cadencia; lo buscas por delante y él detrás, en el culo, en ese lugar último de las cosas, como esa ciudad donde también las cosas empezaron a ser las últimas, modernas y actuales. ¡Está bien! Ya no te culpo, te daré una tregua si admities que te has ido convirtiendo en náusea, en un trozo de cemento que entrelaza puentes rotos.

Tú, querida, una ciudad de las últimas cosas, con las coordenadas alteradas, trastornando el lugar de los vivos, los muertos y su relación con los objetos. Co-habita el mismo infierno quien está perdido en un lugar de no-origen a quien estando en el origen se busca desmedidamente así mismo. Transitan las mismas calles esos que hurgan en la basura para subsistir, como aquellos que recurren al consumo y despilfarro mercantil para tener una mínima sensación de existencia.

Bajo el ritmo del azar tropiezan, caen, estallan y se lanzan los personajes unos con-contrá otros; por un carro de carga de reciclaje, un barco pequeñito fabricado con huesos de ratón, un libro quemado, un zapato roto, una fotografía de un desaparecido, una camándula, un arma de fuego, un cuerpo colgando en ganchos de carnicería, una libreta, un vestido nuevo, un cuerpo muerto. Los objetos que nadie ve, y otros tiran, aquello que excluyes y arrinconas crea incongruencias y no-lugares para el encuentro de lo alterado, cada ser entabla una relación particular con los “residuos”, no ya como basura sino como sustrato vital para el presente.

Personaje D. *Hurgando un sentido halla la basura.*

Personaje E. *Desapareció como desperdicio, nunca fue reciclado.*

Personaje S. *Se coloca a la altura del no-lugar, otorga dignidad a los objetos-basuras, mora y consolida un no-lugar en un rincón que la nombra.*

Personaje C. *Hace de la basura y el desperdicio una obra de arte para no morir de inanición.*

Personaje O. *Cuando uno se ve obligado a remover en la basura, comprende sus verdaderos desperdicios.*

Personaje RR. *Crea oportunidades de “almacenamiento” a la basura sin-lugar en la ciudad. Su misión de reciclaje humano, un tanto paternalista, consistía en reciclar por unos días a aquellos que ya fueron desechados y erran por las calles de la ciudad. Otorga un hálito de destino.*

Personaje I. *Busca “personas necesitadas” por las calles. Su coordenada básica es el desecho develado, los cuerpos que se pudren a la intemperie.*

Personaje D. *Tiene esperanza fecunda en la humanidad. Cree que los cuerpos, incluso muertos y deteriorados, como el de su abuelo, tienen derecho a un lugar, a una ubicación geográfica bajo la tierra. No está de acuerdo con que la institucionalidad los recicle para generar mayores plusvalías.*

Personaje O. *Su virtud radica en saber qué puede llegar a ser la basura. Crea una marca para cada objeto. El valor de la compra no está determinado por la demanda del objeto mismo, sino por el tiempo de trabajo socialmente requerido, que en este caso es producto del ingenio y la creatividad para crear una historia alrededor de cada objeto.*

Despotismo, producto de esa relación vertical en la que creíste ser ama y señora de la naturaleza, cuya identidad es construida sobre la base de las mercancías, ha hecho que todo se nombre a través de tus objetos, esos insólitos entes que diezman los cuerpos y espíritus. Eres mendiga de tus propios inventos, lo que supone un terrible espejismo como quien se come su propia mierda y aparenta no darse por enterado, por ejemplo, cuando una de las tuyas vanagloria un zapato “nuevo” en la cadena de consumo y este ha devenido zapato luego de múltiples procesos de restauración, es decir, la materia prima de este zapato pudo haber sido otro zapato, corroído y mugroso. No te enojas por mi carcajada.

La muerte, la guerra y el destrozo te interrogan ciudad atolondrada, ponen el foco detrás de las bisagras, en el fondo de las calles descoloridas, allí donde no llega la luz sino el aire residual de la “riqueza”, no tanto para compadecernos frente a realidades extremas de tus personajes, sino para hacer posible otra poética del habitar, donde la basura, lo residual y los objetos sobrantes constituyen la base de otras riquezas; nos insta a ver en la basura (los *no-lugares*) una perspectiva estética que pasa por inventarnos nuevos valores sociales.

La mirada residual del mundo que tú creaste me tiene hoy acorralada, me hace herirte de muerte, con rabia, como suele tratarse lo que uno ama y odia, porque has sido falsa y deleznable, porque has permitido el saqueo y te niegas ahora a catalizar estas miserias, como una mujer a la que han maltratado por años y al final no distingues entre lo que es y lo que vale, estás herida de muerte, querida ciudad, te lanzaste al fin por una de las ventanas desde un piso alto de la soberbia, y sigues ahí negándote a ver tus pedazos tirados en el piso, inspirando novelas fáciles sobre lo que “eres” como si después de semejante estallido algo pudiese ser novelable, unido y sintetizado.

No seas atrevida ni despotriques de mí, lo único que he hecho desde el principio es abrirte los ojos a bocanadas de humo, punzándote los dedos de los pies y los codos, no esperes más que pedazos del despojo que también soy, permíteme reír otra vez, te pareces tanto a mis amigas. Ante esta ignominia que representas hoy opto mientras tanto por ir a sacar la basura, no veo un acto más noble en estos tiempos de ceguera colectiva.

°-°---Lucha/Giro/*Destrozo---°-°

Habiéndonos ya dicho la verdad, con la virtud a cuestras y el orgullo en la sombra, como los gatos, no puedo más que jadear y pedir socorro; eres tú la que gana, solo soy una anónima en tus parajes. Qué dicha la tuya verme vencida ante tus pies de asfalto, cual sacerdotisa después de hacer el amor en mil hogueras. Entrego las llaves, una vez más creí convencerte con sigilo de acoger con amor a tus moradores, de abrazarnos a todos sin importar el ojo en la frente o el dedo en la axila, así de raros, con la penumbra de los sueños frustrados, las risas pendientes, los muertos perdidos y olvidados, así quería yo que fuera, siempre quiere uno que todo sea distinto.

Y sin embargo yo seguía esperando algo, aunque no tenía mucho tiempo para pensar en ello. Tenía el cuello y los zapatos sucios, pero como de muchacha ya había pasado bastantes años haciendo de criada para otros, ni siquiera se me ocurría que tuviera que hacer de criada para mí misma. Odiaba tener que subir los cubos de agua hasta el cuarto piso, prefería ir a casa

de las amigas y usar el agua de sus cocinas. Allí me lavaba un poco, solo por encima. En el fondo disfrutaba de la situación. Y creo que también la disfrutaban los que se quejaban en alto, los que no dejaban de repetir que la falta de aseo era lo peor de todo. Pero igual que al niño pequeño le encanta ensuciarse y disfruta revolcándose en el barro, a aquella sociedad cocida en el caldo del infierno le encantó que durante unas semanas hubiese desorden y suciedad y que se pudiera dormir en cocinas ajenas y que no hubiese que lavarse ni vestirse con propiedad (Márai, 2011, pág. 344).

Te juro que he tratado de vencer el melodrama, fingir que por un instante vivo sin corazón e hígado, recordarte a medias, olvidarte a menudo: la esquina que vi, no recordarla, el hombre del saco rojo sentado en el puente de la avenida sur, no recordarlo, la muleta engallada en una reja de la casa fría y sucia, tampoco recordarla. Contrario a esto imágenes van y vienen, mencionan tu nombre en todas partes, en los diarios, en la tele; he sentido ganas de matarte y enviarte para el carajo y me descubro aquí, ahogada en la eterna letanía del suplicio. Me provoca tomar un cañón y disparar tres metros bajo tierra, engrandecer tus fisuras de polvo y tiempo, obligarte a tragar tu propia bilis. No sé si te hablo a ti o a lo injusto, aunque ambos son el mismo despropósito, idéntico caldo del dolor de lo que uno no soporta y otros deciden.

Tus entretenimientos ignominiosos de carácter sin piedad han hecho de mí la piedra en el camino, sé que quisieras que fuera distinta, es más, que yo fuera algo, como si a mí, una mortal en ciernes, se le permitiese existir más allá de un registro civil en el juzgado. Admito que empecé este capítulo alebrestada, retándote a encarar tus problemas, pero aun habiendo tú ganado esta afrenta, veo en tu frente engañosa mucha mugre, esa que ni el dolor desprecia; en cambio tú, vanidosa por excelencia, hija de una civilización desposeída y estúpida, sí, mil veces estúpida que se cree con la razón para manosear un mundo que ni siquiera entiende en un átomo. ¡Ay, tú tan insolente! poniéndome el pie sobre la cara, extirpando mis pómulos para obligarme a venerarte y brillar en nombre de los coach, aplaudiendo como simia tus artificios. Me falta un grado de cordura dirán, al fin y al cabo el mundo es un hogar de paso para todos, un nicho de huérfanos a quienes el pan se les ha escondido tras la nuca y no alcanzan a cogerlo.

Pero, por más que no entendiera, vivía aquella China como un prolongado apocalipsis, con toda la abyección y la alegría contenidas en dicha palabra. La experiencia apocalíptica es lo contrario del aburrimiento. Quien ve cómo el mundo se derrumba,

se desespera y al mismo tiempo se divierte: es tanto un espectáculo como una abominación permanente, es tanto juego tonificante como un naufragio, sobre todo cuando tienes entre cinco y ocho años (Nothomb, 2008, pág. 25).

Ya está bien de ruido. No pudimos ponernos de acuerdo en asuntos trascendentes como la vida, la muerte y el despojo, insistes en lesionarme por no ser hija de la luna y el sol, te invito a un vino, a una fiesta. O ¿es que acaso tú no sabes de fiestas? Te has pasado tanto tiempo en agonías, en llorar los funerales de los vivos, y criar zombies perversos que en nombre de la cruz que llevan en el pecho matan al prójimo, lo desfiguran y luego aclaman el bien como dioses. ¡Sí!, escupo, lo haré mil veces más mientras haya “buenas” intenciones sobre esta tierra de ciegos. ¿Y tú?, dándonos patadas en el trasero, haciéndonos creer en esa pérfida voluntad de “ser los mejores” mientras nos retumba el NO por todas partes: No Opine, No Opote, No Ofrezca, No Obre, No Oponga, sencillamente sea alguien en la vida.

Hay que precisar que aquella palabra no era una palabra cualquiera, era la palabra “no”, palabra mortal, derrumbamiento del universo. Palabra indispensable, es cierto, pero que desde aquel día en el ascensor neoyorquino nunca he vuelto a pronunciar sin escuchar en mi oído el silbido de una bala. En el Oeste americano, una muesca en la empuñadura de un arma de fuego significaba un muerto: el palmarés de un fusil se leía por el número de muescas. Si las palabras tienen una memoria similar, no hay duda de que la palabras “no” es las que más cadáveres tienen en su activo (Nothomb, 2008, pág. 50).

Estás ebria, se te agotó el estómago en pocos sorbos, beberemos más despacio. Te decía que me has pedido muchas veces ser alguien en la vida, salir adelante, convertirme en un estorbo más, mueble, cosa, o similar. Has intentado convencerme de que soy una pesimista, que la culpa es mía y no hallo los guiones adecuados para vivir, tal vez cuando pequeña me escondieron los manuales, y fui siempre de las que abría los regalos de navidad con los dientes, a mordiscos o puñetazos cuando el empaque se negaba a dejar salir de allí mi apacible muñeca, un coche amarillo o los patines de línea que estaban de moda.

Tenía toneladas de trabajo por hacer. Y fui consciente de algo que se me reveló entonces y que no dejó de revelarse en adelante: en la vida, iba a tener que casarme. Aquella idea me agotó de antemano (Nothomb, 2008, pág. 60).

Todo en la vida lo he devorado sin instrucciones, a zancadas, hasta el amor lo hago como animal, jadeo como es costumbre entre la gente y planeo aterrizajes en seco cuando tú te tornas tan incapaz y arbitraria. Eres tan miserable que absorbes la fe y recoges la esperanza que todo el mundo deposita: me has defraudado mil veces, es más, puedo decir que ya nada espero. Bebe otro tanto, emborracha esa cordura enferma que mata lo vivo, habla grita o danza si te toca, muestra las garras y piérdele el miedo al mareo, olvida que eres el ancla y reconoce que también abrigas despotismo. ¡Que tonta yo!, aquí perdiendo el tiempo contigo en esta conversación enmascarada de honor, cuando en el fondo ambas nos odiamos y queremos como se quiere a las hermanas menores.

Te decía que me has regalado muchos NO, palabra moderna de límite y sumisión de todo orden, para mí ha sido un regalo. ¿Sabes qué he hecho con todo el NO concedido?, lo he convertido en un organismo vivo, que se ha hecho pasar por cosa ¡jaja! has creído que es un objeto, una inercia férrea de la estructura. Tú lo has transformado en paisaje porque lo crees inocuo y vacío, pero déjame te aclaro que he hecho de él mi propio acto de resistencia pues la revolución también me ha dado la espalda; ahora vengo yo con mi convicción de payasa resentida a decirte que he tejido puentes, sí, pasadizos, pasamanos, encontrones, juntas entre una cosa y otra, tú te ríes porque parece absurdo, porque para ti eso es un desparpajo, para mí no, un puente ha devenido de la respuesta a cada NO, a los imposibles que impones.

Déjame hacerte una pregunta antes de abrir la siguiente botella ¿un puente es una estructura o un soporte? Puedes responder cualquier cosa o habrás perdido años y siglos de estudios urbanísticos, títulos que tienes pegados en paredes y ventanas mugrientas, llenos del comején de los techos. ¡Ah! no sabes qué responder, y entonces ¿así esperas que me perturben tus radicalidades?

Eres un conjunto de células cancerígenas, una estructura chueca: tu apoyo son los pies, en ocasiones las manos, o el desgano y la tragedia. ¿Sobre qué más te apoyarías tú, engendro de luces y sombras? Tú que necesitas tanto la estructura, como el soporte. ¿Sabes lo que para mí es un puente?, un diálogo (estructura) sobre el que reposa la vida, y la desgracia. ¿Por qué crees que la guerra y las confrontaciones afligen a los puentes?, porque ambas son orillas de conversaciones distintas.

Un puente: dos puntos que se unen con otros puntos, muchas manos y pies que se encuentran, una ofensa engendrada cuando se atraviesa de un lado al otro, el sostén de la tristeza y los flagelos. Se eleva para hacer posible el recorrido entre un punto de fuga y uno encontrado, avizora caminos y senderos impensables, une a quienes jamás se hubiesen encontrado. Te preguntarás ¿para qué te hablo de puentes?, pues bien, deseo calentarte ese amargo corazón, por primera vez asumir que en ti hay algo compasivo. No llores ahora, invoquemos a Dionisio y que siga la fiesta.

Un puente es un hombre encorvado por la angustia, soportando el tránsito de la vida, agachado como un animal en su jaula, cuyo encierro permite la alegría de otros. No es penosa la vida de un puente, querida. Triste yo que debo verte y olerte cuando te acercas, ¿afligida?, ¿tú que ni siquiera dimensionas lo importante que puede ser un puente, el destrozo, y la muerte, y ostentas como si el reggaetón fuese a arreglar el mierdero? Continúa fingiendo que no pasa nada, sin escatimar en gastos y vanidades, tranquila, ya antes había notado lo solapada que eres, veo más honestidad en los ojos de los perros que merodean las carnicerías en las madrugadas, al menos ellos saben el hambre que tienen, tú, en cambio, ni siquiera sabes nombrar las ansias que padeces, eres algo así como una gastritis mal diagnosticada.

Regresaba al bunker enferma de odio, un odio que no se dirigía a nadie en particular y que, por consiguiente, desahogaba sobre todas las cosas, guardando para mí la parte proporcional. Empecé a odiar el hambre, las hambres, la mía, las otras, e incluso a aquellos que eran capaces de experimentarla. Odié a los hombres, a los animales, a las plantas. Solo las piedras eran tratadas con indulgencia. Me habría gustado ser una de ellas. Leí El pabellón de oro, de Mishima. Yo era ese monje desgraciado que le toma odio a la belleza. Solo conseguía conmoverme si me imaginaba a mí misma destruyéndola. Contrariamente al bonzo pirómano, yo nunca habría tenido el valor de pasar a los hechos: me conformaba con incendios mentales. Gracias a ellas, el esplendor que me rodeaba me era revelado (Nothomb, 2008, pág. 65).

Iré por cigarrillos, creo que es bastante ya la densidad de mi palabra, hasta yo misma he agotado los reclamos. ¡Mira, es lo único que tengo!, si te sirve este fúmatelo o hazle el amor a la mañana, son casi las 4:00 a. m. del nuevo día, y lo único que hemos hecho es odiarnos sin piedad. Pero qué más da, la vida también exige ponerse al nivel de las hondas diferencias y tú para mí, las encarnas todas. No sé si seguirte hablando de los puentes o de las piedras, creo que seguiré hablando de los puentes, total las piedras se lanzan y huyen de uno en el instante en que las tira; los puentes no, esos hombres encorvados permanecen ahí diciéndonos algo, siendo el sustrato de otras historias que se cuentan.

Vi cómo se acercaba a mí por el puente. Porque un día volvimos a tener puente. No muchos, solo uno. Pero ¡qué puente más maravilloso! ¡No estabas allí cuando lo construyeron, por eso no sabes lo que significó para nosotros, para el pueblo de la ciudad, cuando por fin corrió la noticia de que Budapest, la gran urbe, volvió a tener un puente sobre el Danubio! (Márai, 2011, pág. 346).

Cruzar el puente era un gran acontecimiento del que se podía presumir como si fuera toda una aventura. Luego construyeron otros pontones y puentes de hierro... Al cabo de un año ya había taxis circulando por ellos. Pero yo aún recuerdo el primer puente chepudo y las colas interminables, el paso lento con que avanzábamos miles de personas con los corazones cargados de pecados y recuerdos, y pesadas mochilas a la espalda, de un lado del río al otro por aquel puente... Más tarde, cuando los extranjeros y los húngaros emigrados a América empezaron a venir para visitar la ciudad y rodaban por los puentes con sus lujosos automóviles, sentía siempre una gran tristeza. La indiferencia con la que aquellos extraños miraban nuestros nuevos puentes, el desinterés y la tibieza con que los usaban, me provocaba náuseas... Venían de muy lejos, apenas habían oído la guerra, la habían observado desde la distancia, como si fuera una película (Márai, 2011, pág. 346).

Si observas bien, los puentes son un nudo y muchos desenlaces, ensamblan lugares del despojo, trazan rutas entre lo que se consideraba otrora imposible de juntar; se niegan a ser algo (objetual), a reducir su estadía a una simple estructura o soporte, son las dos cosas, o las tres, porque también son engaños. A veces lo que une un puente, lo desune otro puente, uno que se cae, que fracasa, así es la vida, querida, una cuerda floja por la que pagas para caminar.

Yo quisiera ser un puente con historia, ese que por ejemplo se desploma luego de la invasión de un país vecino, y posteriormente se reconstruye, aquel donde los amantes se besan y dedican sonetos. ¡Ah, *querida!* Disculpa que te eche el humo en la cara como a un espanto. Te decía que me gustaría ser un puente que tenga algo para decir, pero es que creo que de haber nacido puente sería uno inconsciente, torpe al reconocer lo que unen sus orillas más próximas. Por ahora solo puedo decir que un puente es una curva también, un estrangulamiento de un terreno plano.

Pero aquello no era un cuento, pequeño mío, y no hay principio ni final de verdad. Todo fluía a nuestro alrededor y en nosotros mismos, los que entonces vivíamos en Budapest. Nuestras vidas no tenían fronteras palpables, no se desarrollaban en un marco definido... como si los límites de las cosas se hubieran borrado y todo discurriera fuera de los márgenes. Ahora, mucho más tarde, sigo sin saber dónde empiezan las cosas y donde acaban (Márai, 2011, pág. 347).

No me mal interpretes, no me refiero a ser un puente con historia de amor, ese tema sí que me conduciría al destrozo y ya te veo lo suficientemente afectada e indiferente al respecto, eso lo dejaremos para otra botella de vino, un día en que quizás te ame un poco. Quisiera ser un puente desde donde se lancen cosas y personas, un lugar de des-territorio, donde se fugan incluso las palabras, un puente que sitúe la nada, vehículo entre dos o más linderos absurdos: juntar la alegría en una orilla, con la imbecilidad en otra, una mueca o carantoña con el llanto desgarrado de un niño, unir un pie con un pedazo de rodilla y así, finales e inicios, amalgama de nudos irresueltos. ¿Sabes cómo resolvería al fin esa maraña?, con una explosión. No pienses que soy maquiavélica, ni siquiera tengo un fin por razonar, haría explotar todo eso que enredé para que surjan elementos de un mismo conjunto, es decir para que la *estructura puente* sea entonces una desestructura y sus pedazos, soportes y registros de lo acontecido, como la historia: una vasija de barro donde la memoria vierte revueltos los merecimientos del mundo, aunque sigo creyendo que la guerra en esa vasija no ha sido más que la justificación de nuevos puentes.

De todos los países en los que he vivido, Bélgica es el que menos he comprendido. Ser de un determinado lugar quizá consiste en eso: no comprender en qué consiste. Sin duda esa es la razón por la que allí empecé a escribir. No comprender algo es un fermento fenomenal para la escritura. Mis novelas daban forma a una incomprensión creciente. La anorexia me había servido de lección de anatomía. Conocía ese cuerpo qué había descompuesto. Ahora se trataba de reconstruirlo (Nothomb, 2008, pág. 73).

Has observado las miradas después de un acto de guerra, ¿no has visto?, no sueles mirar a los ojos del dolor, es más fácil vivir entre jazmines y albahacas. Yo sí, la he visto incluso en mis sueños, en primeros planos y secuencias interminables, es un mirar directo y con brillo, sí, paradójicamente la guerra trae fuerza, el destrozo también. ¿Qué creías, que te iba a decir que era un mirar sumiso y desganado? nada de eso, es un mirar perfecto, con el nivel del rasero de quien impone una sanción para proceder al asesinato. Un mirar fijo y petrificante para que en esa vasija de barro que es la historia quede una huella, una memoria del horror, de la mano que empuñó el revólver o detonó la granada, del puente y su caída, esa es, querida, la razón por la que desde el principio te he restregado la cobardía, porque le temes a la mirada virtuosa que deja la guerra, qué más mentiras inventar cuando ya se ha visto todo. Nada, lo único viable en ese caso es escribir en consecuencia de la madre huérfana de todo, o la hija sin padre, o el niño sin pies, este es, a mi modo de juzgar que es horrendo, el mayor acto ético de quien escribe en nudos y chispazos, cuando el héroe del relato se ha convertido en un par de ojos.

Eran días en que las bombas podían caer sobre la ciudad en cualquier momento y los que vivíamos en la gran urbe no hacíamos planes, vivíamos como podíamos, sin saber qué estaríamos haciendo una hora después (Márai, 2011, pág. 349).

He incursionado en el tema de los puentes para encontrar algo que nos encuentre, a ti, a mí, ya son las seis de la mañana y todavía percibo en mi acervo pinchazos grises de reproches, ¡ah!, pero qué gusto me ha dado poderte decir todo, así desvíes la mirada, te falta un grado de terror en el camino. No digas que mi vida debe ser pavorosa por pensar así, al menos tengo un hálito de bondad en el corazón para seguir persiguiendo ese mirar altivo y humano que ha dejado la estampida. Podrás presentarme a miles de historiadores, políticos, geógrafos y arquitectos, pero ese mirar nadie podrá diagramarlo, ni siquiera el tiempo. Es como un fotograma congelado, hecho pozo, al cual hay que asomarse varias veces para refrescarse. Todo el mundo cree que ser simpático es ser como tú, así de risueña y eufórica, mostrando las muelas en el estruendo de la risa. Eres tan pobre que ni siquiera experimentas lo que es no poder cerrar los ojos porque una imagen tildada obstaculiza el párpado, ¡Ah! ya recuerdo que tu obligación es estar perennemente despierta.

¿Días terribles dices? Deja que lo piense... ¡Bah! Yo qué sé. Más bien era como si hubiera descubierto algo que de otra forma no habría sido evidente, algo en lo que la gente no había pensado nunca, una idea que siempre había ahuyentado de su mente... ¿Qué?, pues que nada tenía ni fin ni sentido (Márai, 2011, pág. 351).

También estoy borracha y con jaqueca. Llevo muchas horas en este sótano gritando sin misericordia tu nombre, hace frío. ¡Míranos!, parecemos dos gatas en celo hablando de un macho ausente o disuelto, siempre he tenido malas relaciones con las otras, pero tu calibre es mayor, contigo ni siquiera he podido relacionarme bien nunca, las dos somos la escupa de una maldición proferida. Tranquila, ahora descansarás, ojalá no te encuentre más nunca, ni siquiera en las butacas del parque, saberte muerta, vencida y obligada a retirarte. ¿Sabes?, en medio de este desbarajuste de cosas, lo que más detesto de ti es que te dejas usar con facilidad, y lo mismo haces con los demás, crees que soy tu trapo de cocina.

Si en eso último que me dices tienes algo de certeza, soy una nube andante, un punto itinerante sobre el cual llueve, un colador de goteras sucias, un cuerpo con retazos y formas irregulares, mil soledades juntas dirimiendo una contienda, soy todo eso, una nube que se borra fácil y que vuelve a formarse para hacerte la vida imposible; tal parece que odiarse es el camino del querer, porque aun así con todas estas bocanadas de humo que te he echado encima y las diez botellas de vino ingeridas, tengo apetencia de matarte y conversar contigo.

Más Bien

*¿Estrella dices? No.
más bien la nube. La nube un poco borrosa:
la nube que no tiene
color ni forma ni destino;
a la que no se dan bellos nombres de dioses.
Más bien la fugitiva nube siempre flotando.
la desflecada nube
que nadie ama.
Sí, más bien la nube que se va pronto,
se esfuma, se deshace y más nada.
(Loynaz, 2008)*

Te haré caso, estoy borracha, se me han debilitado las verdades, me iré, pídemme un taxi. ¡No! espera, mejor iré caminando, maldiciéndote hasta llegar a mi reposo, gritando organizadamente tus bemoles, haciendo caso omiso de tu buena ortografía. Eres una colada derramada en la mesa que uno limpia con la mano para que mamá no se entere. Perdón por no recoger el desorden, quédate con los cigarros que están en la cajita, me llevo la nube puesta en la cabeza, ahí te dejo tu pedazo de unidad, tu entera presencia ¡ja, ja, ja!, no puedo irme sin carcajear, prometo regresar algún día, no creas que esto es un final, desenlace o despedida.

Me llevaré este chicle usado, tengo la rara costumbre de coleccionarlos y adherirlos por ahí donde puedan pegarse a un culo, un zapato o una cabeza: los tres lugares preferidos de la necesidad. **¡Hasta pronto maldita e insólita ciudad!**

El amor nace en el estómago

¡Odio cuando esto me sucede! Un chicle se ha pegado en la suela de mi zapato, el mundo se hace enorme ante este instante de torpeza y estupidez. ¿Cómo pudo un chicle, entre tres millones de habitantes, escogerme a mí? Continúo el camino, se hace tarde, no puedo dejar de pensar en el chicle, sobre todo por esa pegajosa sensación de poner el pie sobre la tierra y quedarme fijado en ella; estar tan consciente del suelo no es muy común por estos días. Voy tarde, me perturba el chicle y el zapato; en diez minutos debo estar oficiando en el servicio público mecanografiando los formatos en los que cabe la vida, y el aire que respira un "ciudadano".

Responsabilidad, transparencia y eficiencia, responsabilidad, transparencia y eficiencia, tres principios fundamentales del servicio público ¡jum! y ¿el chicle? ¿Qué hago al pararme del asiento del bus para que nadie note mi chicle? ya digo mío, en propiedad, como si tal tragedia me perteneciera. Por la ventana, observo la oficina de juzgados, he llegado. Desciendo del bus, nada sucede, ni yo, ni el chicle en mi zapato significamos algo en este cúmulo de historias y carnes. Una llamada, ahora suena el celular, observo el semáforo, está en verde, ¿paso la calle o contesto?, este maldito chicle, estoy indeciso. Traslado el maletín de cuero hacia adelante, tomo el celular entre mis manos, paso la calle, el celular vuelve a sonar: es mi jefa anunciándome que debo asistir una actividad institucional en nombre del primer ministro. Acomodo con mis manos las arrugas de mi camisa, me acicalo con esfuerzo para parecer docto en algo, ustedes comprenderán, un servidor público ostenta su poder, o su desgracia, según cómo se vista; absoluta impecabilidad ante las vicisitudes del día.

En camino al cumplimiento de mi deber recorro trozos de montaña que pocas veces he visto, quizá por la reciente labor de oficiar como funcionario o tal vez porque estar adentro de la oficina, acomodado como un pez en su transparente pecera, ha hecho que mi cobardía hacia los espacios urbanos y abiertos se acreciente. Digo transparente y recuerdo una vez más los tres principios: Responsabilidad, transparencia y eficiencia. Mi espíritu encerradizo, indiferente y hostil mengua el deseo profundo de vivir esto como una aventura. Han pasado ya quince minutos y mi cabeza no cesa de repetir los tres principios básicos del servicio público, al tiempo que el celular no deja de sonar como sirena de carro a quien el hurto le hace la visita varias veces al día.

Por fin llegamos, dejo la chaqueta terciopelo en la camioneta oficial, tomo la libreta de apuntes y el lapicero Parker que me regaló mamá el día del grado. Me siento grande, implacable, convencido de que desde este oficio el mundo se pone a mis pies, incluso el chicle; algunos me nombran doctor, profe o estimado, lo único que importa finalmente es que la cara frontal del carné,

es decir mi foto – cargo – dependencia, repose con perfección entre mi pecho y torax. Cuánto orgullo hay en mi postura y cuánto bien me hace el que por un minúsculo instante de vida mi espíritu se irga y aprecie un tris de dignidad.

Pregunto por la oficina del supremo, quien ostenta el mayor nivel de autoridad dentro del instituto, me habían indicado que era con él con quien debía departir una suerte de asuntos que más que respuestas arrojaban preguntas ¿Cuántos estudiantes tiene la institución?, ¿qué capacidad organizativa tiene?, ¿cuáles son las mayores necesidades?, ¿cuáles las dificultades? En fin, un cuestionario que acostumbra a hacer el ministerio cuya poca importancia radica en preguntar, enterarse y dejar evidencia de que se ha interrogado, no vaya a ser que luego lleguen las auditorías y por ningún lado se demuestre el interés inicial.

Desde el balcón del tercer piso, mientras espero la orden de pasar donde el jefe supremo, observo el patio central con todas sus palmeras; los marcos viejos de madera de las ventanas chirrean por las corrientes de viento que los atraviesan. Algunos pájaros de colores cálidos y verdosos, con cola larga, juegan intensamente entre un barranco de tierra que da al frente de los salones, los he visto antes, pero no recuerdo su nombre. Me invitan a pasar desde una puerta.

La asistente del supremo, una mujer adulta, con rostro abultado por el tiempo, rodeada de carpetas de cartón cuyas marcaciones indican números, grados y nombres de personas, me ofrece un poco de café y me invita a sentarme. Antes de tomar asiento pienso nuevamente en el nombre del pájaro que no logro recordar, me es tan familiar, una palabra que quizás compone el léxico vital de mi existencia, pero que solo está al alcance de periodos al margen de lo laboral. Sigo aquí, me concentro en cumplir muy bien mi tarea.

La asistente abre una puertecilla donde prepara el café, de inmediato un olor a colada espesa, como a leche derretida por

el tiempo me sorprende; un amor en ausencia, algo que no sé nombrar, quizás aquella mujer tiene en un sobre ese olor, o es un vaho de la cocineta que ha calado en mis entrañas ¿cómo se llama eso que huele?, ¿de dónde ha venido a decirme algo mío? ya veo que esta ha sido una mañana de extravíos, primero el chicle, luego el nombre del pájaro que no recuerdo y ahora esto. El olor aumenta su intensidad.

De repente estoy en casa con el llanto oprimido por la rudeza del corazón de los grandes que me exigían ser fuerte cuando aún era un niño, si supieran cuánto odiaba esos momentos de extrema socialización, el ingreso a la escuela y a mis espaldas el sonido de una reja que se cierra, algunos padres de familia se alejaban, yo quedaba inmerso en aquel barullo de miradas y risas corredizas que nunca supe administrar. El olor a leche derretida como a colada espesa invadía toda la escuela; mi respiración se volvía igual de densa a una colada, mucho más cuando me descubría solo.

Sonaba el timbre para desayunar, abría la lonchera plástica, sacaba de adentro la arepa con huevo revuelto que preparó mamá aquella mañana y el tarro de chocolate caliente, ajustado y reforzado con un pedazo de bolsa para evitar que se regara. El olor a colada era implacable, se repetía también al medio día cuando acudía al restaurante escolar a recibir el almuerzo, pagado previamente, 50% por mamá y la otra mitad por la municipalidad como subsidio comunitario; retorno allí, veo mi cara de terror ante la ausencia de todo, haciendo parte de los que comían en la escuela porque a esa hora del día no había quién cocinara para ellos, soportar con hipócrita rudeza el boicot terrorista de los que eran fuertes de nacimiento, que resistían la vida a carcajadas, y se “colaban” en la fila y a empujones iban dando su merecido a los torpes y amedrantados sujetos, todo esto combinado con el olor a colada que no se bien si provenía de otra lonchera anónima como la mía o del mismo restaurante que desde muy temprano preparaba con amor el caldo del medio día, con el que sustituían para los niños y niñas otras ausencias.

Es hora ya de pasar donde el jefe supremo, acicalo nuevamente mi traje, devuelvo a la asistente la taza de café que me fue conferida, recuerdo los tres principios fundamentales y el cuestionario que debo desarrollar, voy directo a la puerta del jefe supremo cuando recuerdo que el pájaro que vi jugar se llama soledad, lo mismo que sentía con precisión cada vez que ese olor a colada acaecía.

Capítulo 2

¡!--- Rasguño--- ¡!

Base musical inicio: Hate. Cat Power <https://www.youtube.com/watch?v=aCLzWwRGpcw>

°||Hay un roto en la cortina||°

Fue duro el combate. Los estallidos han dejado sin tímpano a los caminantes. Es de noche y la escritura, última compañera, está sorda y ciega como los hombres, la he recogido en mil pedazos de ofuscación entre los dedos apretados; muchas vísperas pensé que ella me salvaría, pero ante la detonación soterrada de las pequeñas guerras libradas a *secas*, sin una lágrima de por medio, solo puedo oler la humedad en la gotera que, engreída, se ha filtrado por el centro de la sala, lo penoso después de todo es no poder encender nuevamente una hoguera, la que sea. ¿Es una experiencia triste?, diría que ruin, se ha terminado la rabia, tengo las manos llenas de un moho que espera al sol para secarse, hay una cortina que tapa al sol y sobre esta cortina un roto por donde no pasa nada. Cuándo podré volver a fumar.

Tiroteo 1. *Ante el dolor es mejor no imponer nada, sino hacerlo todo.*

Tiroteo 2. *Podría uno suponer que la guerra es una estrategia que busca el emplazamiento de lugares de un solo color.*

Tiroteo 3. *La guerra tiene una intención uniforme de hacer que cada cosa o ser ocupe un único lugar pre-construido.*

Tiroteo 4. *Somos una sociedad situada (y sitiada) en un orden sin orden, en un lugar sin lugar en el que hay lugar para todo, menos para la vida.*

Tiroteo 5. *Enjambre de sitios como si nada tuviera lugar; los gusanos, esos sí que son portadores de espacios.*

La experiencia cercana a la muerte, el silencio de un lado importante de la historia y las aversiones que de esto emergen marcan el foco de lo que bordea y margina, ese cruce indeleble y casi siempre ignorado entre la vida y sus irónicas formas, entre el poder y sus monstruosas paradojas. Las resistencias ante lo abyecto y despreciable de las “injusticias” fueron en su momento la militancia política, el sometimiento ante el discurso de uno de los extremos de la balanza, el activismo social desmesurado y el excesivo gregarismo o como dice Kundera el *kitsch* de “la gran marcha”, en eso sí que encontraba regocijo.

Margen A. *La muerte, maestra de la ruptura, todas las rectitudes se ven sometidas por ella.*

Margen S. *Cuando el sentido en sí mismo es un objeto ¡preocúpese! Está usted destinado a descubrir el valor de la vida en el último aliento.*

Margen Í. *Ante el abismo fatídico que crea lo absurdo, el arte es el único paracaídas, no para salvarnos sino para ayudarnos a caer con elegancia.*

Luego de muchos ires y venires y de permitir poco a poco lo impreciso, solté el *kitsch* y gané el genuino valor de la protesta, hallé en las paradojas entre poder y muerte, la vanidad y la abyección, locura y misterio, la certeza de lo absurdo, una cosa ella que debía ser narrada y concretada, una mofa quizás de todo esto, un retrato sereno de nuestras propias miserias. La escritura como rasguño es entonces mi premisa, escribir cuando ya se han dado las caídas y se han bajado las armas, habitar el signo de una hormiga gregaria, ahora silenciosa, testiga de las dicotomías; optar por lo defectuoso, con preposiciones simples pero escasas a nuestra vista.

En el principio del ser, nos dice Blanchot, no se halla la plenitud, sino la ruina, la herida mortal, extrañamente preservada de la culpa. Tal es la inocencia creadora de la literatura que objetiva el dolor: poesis, pues, o creación de un espacio exterior, como expresa Rilke, desde la desprotección y el renunciamiento, que constituye su insignificante objeto otorgándole simplemente existencia (Poca, 2002, pág. 13).

Un fractal es un objeto geométrico cuya estructura básica, fragmentada o aparentemente irregular, se repite a diferentes escalas. Intuyo que lo fragmentario va siendo mi forma, miradas desde los trozos de un mismo desastre. Cuestiones como el poder encarnado en un hombre “importante” que nunca se ha hecho preguntas, a quien complica un chicle pegado en su zapato nuevo; o aquella mujer cuya asepsia absoluta le hace temer lo sucio y desordenado, desconociendo que su esposo, exmilitar, lleva tres años consecutivos soñando con inodoros impúdicos debido a los traumas de guerra; un ocupado hombre de negocios y un aneurisma que lo dejará sin tiempo; un sepulturero que plantea la muerte como el modelo político más efectivo que encarna la democracia; una niña con bollito en la cabeza que practica todo el día su lección de lectura para mostrarle a su madre los avances, una mamá que nunca regresa; son algunos rasguños estremecedores.

Había cierto misterio en eso. Se recibía una semilla afilada, cortante, incómoda, que era el encuentro en sí; casi siempre horriblemente penoso; pero con la ausencia, en los lugares más inesperados, daba flor, se abría, derramaba su aroma, se podía tocar, usar, mirar al rededor, sentirlo por completo y comprenderlo después de que llevara años perdido. De esa manera había regresado Clarissa a él: a bordo de un barco en el Himalaya; evocada por los objetos más extraños (igual que Sally Seton ¡aquella tontorróna generosa y entusiasta!, había pensado en él al ver hortensias azules) (Woolf, 2003, pág. 208).

¿Absurdo?, ¿paradójico?, lo que no tiene límite pero sí nombre, suelen también llamarle miedo, guerra, limpieza, consumo y despilfarro, puede hallarse en el local del lado y el estómago, aquello que nos recuerda que la casa está llena de goteras, aun con el techo recién cambiado. Hallar en eso un sentido profundo de lo que nunca satisface, cambiar el techo dos veces y no conformarnos, vivir tres y cuatro guerras sin ser aún suficientes, padecer lo que un hombre dijo y el mundo creyó. Lo absurdo entonces, a diferencia de la ira, es el trámite de esa tensión de la época entre correr las cortinas y vernos la carne y los huesos, pero ¿qué hacer con esta cortina rota?

Anotación / Derribo. *Occidente tiene su mito fundacional en las certezas conferidas por la fe en Dios o en la ciencia, la posibilidad del intermedio, que no necesariamente significa equilibrio sino contradicción, es casi nula dentro de las explicaciones y modos de relacionamiento. En nuestra época, acercarse al absurdo como principio de existencia puede ser juzgado como desborde intelectual de pesimismo o ser catalogado como enfriamiento, cuando por sí mismo hay un sistema creado para hacer del mundo una nevera de conservación.*

¡Encenderé un cigarrillo! Hace un largo rato tengo al frente una mesa de centro podrida por una gotera que cae sucesivamente sobre ella, me es imposible no ver esa mesa como frecuentemente veo la vida. Mi hermana sentenciaba que mi existencialismo no me llevaría a ninguna parte, y tuvo razón, pues la vida es un vagón sin destino, un carril sin meta. ¡Tocan a la puerta!, estoy mojada, no es sudor ni frío, una grieta insondable ha calado en la cubierta de la casa, caen poco a poco los pedazos, sostengo en mi mano un trozo de madera de las claraboyas finales que descendieron. ¡Abriré!, qué más da, esta casa ya es de por sí un exterior, con este empapamiento, me siento más afuera que adentro.

¿Tú?, mejor no pregunto qué haces aquí, te reirías de mí una vez más. No te invito a pasar, ya estás adentro, tampoco me importa si manchas el mueble porque ya está invadido de herrumbre. ¿Deseas café o agua?, solo tengo líquido para ofrecerte, aquí lo sólido se ha desvanecido, mira, toca por ejemplo este zócalo remojado que no durará mucho tiempo sostenido de ese pedazo de cemento. Ponte cómoda, estás en tu casa. ¿Sabes?, pensé que había quedado clara la premisa, y maldición, aunque ya no tengo muchas fuerzas para el enfrentamiento, te pido un favor por caridad: ¿podrías empacar tus escombros? Ah, veo que ya no quieres estar al tanto de eso como antes, en adelante no sabremos entonces qué de esto sea tuyo o mío.

Hoy mientras observaba el lagrimeo de la casa pensaba que la nobleza de la paradoja es precedida por el reconocimiento de las desventuras e incomprensiones a las que estamos abocados, por ello los regalos de la literatura son inconmensurables: arrojan al ser a la desdicha, lo reconfortan, lo abrazan, le exigen y terminan por destruirlo todo de él para incitarlo a crearse. Así, en medio de la monótona existencia por la que transcurren miles de días, emerge un ¿por qué? una tarde cualquiera y aunque se continúen recorriendo las calles iguales y la hora de ingreso laboral siga siendo la misma, siempre habrá un mirar la vida con recelo y respeto, ese que viene de considerar que a veces no somos tanto ni nada, solo eso, seres que asumen caminos para labrar destinos conocidos, desconocidos, o absurdos.

Anotación/Pavimento. *La literatura tramita la sensación que deja el descubrimiento del absurdo, de inconstantes quiebres y desviaciones de sentido; cuenta con la fortuna de poder re-crear mundos en el que no se juzga lo in-equiparable, ni acentúa lógicas "normales" o pre-establecidas. La lógica del arte, especialmente de la literatura, es la sacralidad que surge de descubrir las miserias humanas, retratadas no como destinos fatídicos, sino como materia prima para recorrer los tiempos, los espacios, propugnando por existencias dignas de su fragilidad. Como le sucedió a Sísifo cuando fue condenado por los dioses a realizar todos los días un mismo trabajo sin sentido: subir una roca hasta una montaña, desde donde ella volvería a rodar por su propio peso, pero en "ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, en ese ligero giro, contempla esa serie de actos desvinculados que se convierte en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado por su muerte. Así, persuadido del origen enteramente humano de todo lo que es humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, está siempre en marcha. La roca sigue rodando" (Camus, 1983, pág. 8).*

Te preguntarás ¿eso qué tiene que ver con las goteras? Algo, por eso es por lo que podemos escribir, yo a manotazos y tú con la pericia para hacerle creer a los demás que lo soportas todo. Sé que insistes en la necesidad de escribir historias esponjosas, pero sucede que el mundo se ha dividido entre los que quieren tapar las humedades a toda costa y contratan profesionales de desagües, y quienes eligen secarlas con espasmos y paciencia; el mundo no es ni de unos ni de otros, más posiblemente del que daña el techo y crea la gotera ¡Sí!, así de paradójica es la vida. Por eso te decía ahora en el otro cuarto de cocina que a algunos les tocó nacer roca y hacerse nube, mientras a otros que nacieron a destiempo, con exceso de vapor, vaya si han tenido que aprender a ser roca, porque nacieron a destiempo, no cuajaron, les faltó temperatura como a una gelatina sin sabor. Se te enfrió el café, queda un último fósforo para encender la chimenea o el cigarrillo.

¿Un obsequio para mí?, está bien, lo recibo, me someteré a tu extraño cariño de mujer subversiva. ¡Una piedra! de esos elementos que el mundo no ha podido ablandar ni con bombas atómicas, gracias. Podré tapar con ella la gotera generadora de este aluvión, o también lanzártela, aunque por el momento no tengo deseos de lo uno ni lo otro. ¿Qué sentido tiene que me regales una piedra si cada uno cuando camina por la avenida sur tropieza con alguna? ¿Qué puedo hacer ahora

con esto?, ¿fundar una nueva casa? ¡Bah!, pero eso sí que sería absurdo, una casa, más moho para la humanidad, más menesteres en un mundo agotado.

Tal cual como una piedra en carretera es el problema de la guerra, que también es un problema del lenguaje, quedó emplazado en la cabeza del mundo, los campos de concentración por ejemplo son todavía hoy nuestro encierro, es urgente acudir a las palabras para nombrar otros hechos en sí mismos y re-describir lo visto. Todos los léxicos que sabíamos para ser mejores los hemos usado para ser peores, y esto hace que se arrugue el corazón, pero tranquila, sé que actuaste con buena intención, si es que eso es posible. Gracias por el regalo, lo pondré en el suelo, igual todo irá a parar allá, hasta nuestro cuerpo carcomido por los años.

Apunte/Cimiento. *En el texto "Contingencia, Ironía y Solidaridad", Richard Rorty propone el abandono de la concepción del lenguaje como representación y en vez de ella, la idea del lenguaje como hecho fundante, para nada exento de las tensiones históricas y culturales de una época, el cual va dando lugar a nuevas metáforas, así mismo a nuevos léxicos. El lenguaje teje y desteje; lo que hoy somos es producto de una construcción histórica a partir de enunciados anteriores que, ingenuamente, bajo la avalancha de un presente, fue configurando las descripciones que hoy llevamos a cuestas en forma de instituciones, límites y narrativas.*

Siento que detrás de esta casa hay una carcajada. Un día oí una conversación entre dos payasos en el parque central, comentaban que una manera de desmontar algo era burlarse de ello, y ahora siento toda una burla a mi alrededor, es como si yo misma estuviera desmontada, ¿será qué recojo y empaco mis cosas?, pero, qué voy a empacar, solo hay agua aquí, ves cómo lloran las ventanas y los marcos de las puertas, no es que quiera hablar mucho de la guerra, pero sí debo decir que esta casa es el vestigio de un combate adverso, el resultado de una guerra mal librada donde todos perdimos, después de esto qué puedo yo empacar en la maleta que no se derrame, creo que mejor me gasto contigo este último fosforo, fumemos juntas este cigarrillo. ¿La chimenea?, esa también está llorando.

En los ojos de la gente, en el balanceo, el paso firme y el cansino; en el griterío y la barahúnda; en los carruajes, los automóviles, los autobuses, las furgonetas, los hombres anuncio que arrastraban los pies y se balanceaban, las bandas de música; en los organillos; en el triunfo y el campanileo y el extraño canto

agudo de un avión en el cielo estaba lo que ella amaba: la vida; Londres; este momento de junio (Woolf, 2003, pág. 60).

Las chambranas verdes que lindaban con el patio principal esconden un hongo raro en sus bisagras, ya no suenan cuando el viento las zarandea, solemos esconder tantas cosas. Juguemos algo, cuéntame un secreto, algo que escondes y prometo enterrarlo bajo este piso encharcado, ¿nada?, tan lerda, pero no importa; verás, la guerra por citar un ejemplo, la hemos escondido todos, un pedacito allí bajo el mueble, otra debajo de la cama, un poco en las bibliotecas y así repetidamente, por eso hay continentes tan tristes, porque han tenido que esconder lo peor. Llevo una semana analizando las goteras, así como examino los efectos de las piedras que se lanzan, habrá que observar tanto las guerras hasta que se vuelvan veneno, para no querer tomarlas ni usarlas, así mismo quiero hacer con esta casa, verla y recorrerla tanto que ya no quiera volver a ella, ni siquiera a su rastro, porque en su lugar sembrarán un árbol o construirán un cementerio, digno lugar de reposo en nombre del dios al que matamos.

Un trabajo ejemplar

Llega la correspondencia, es sin duda algún ciudadano de bien que lanza perjurios contra la institucionalidad, afirma él, no hay de qué preocuparse, son 15 días para responder. ¡Alicia!, grita con vehemencia: guarde esta carta en el archivador de junio, ahora tenemos asuntos más importantes por resolver. Con dolor profundo en la espalda, y un acaloramiento digno de su edad y sus caprichos, hala un poco la corbata hacia abajo e intenta seguir de nuevo el ritmo de su respiración. Él sabe que es un trabajador ejemplar, y que por sus manos pasan las mejores decisiones de toda La Catedral, así le llaman al lugar desde donde despacha el gobierno, por eso de que el estado es un templo de la democracia.

Alicia insiste en la importancia de abrir el sobre, pero ante la testarudez funcional de quienes hacen la norma es mucho mejor desvanecerse. La carta, como es costumbre, va a parar a la carpeta de pendientes del mes de junio. ¿Doctor desea algo más?, pregunta Alicia con gentileza: no, muchas gracias, manifiesta él. Todo vuelve a la normalidad. Cómo ha de ser que una insulsa carta de remitente privado, anónimo o quizás sin

expedidor, pueda robar un poco de paz y tiempo en aquel templo rebosante de esfuerzo.

“El honor de todo hombre de Estado depende de su verdadera voluntad de justicia”, así versan las primeras líneas del texto que es subrayado con un marcador fluorescente en aquella hoja arrugada, llena de letras menudas y ordenadas. Alicia prepara su bolso de cuero café y la lonchera del almuerzo, ya se acerca la hora de salida y es mejor estar lista antes que el demandante carácter del Doctor insista en que se quede un rato más, así sea para ordenar inventario o archivar pendientes, en eso consiste la vida de Alicia que, aunque silenciosa, representa el trabajo de la hormiga que recolecta hasta construir un paraje importante.

Suena el teléfono, no es nadie, la señal está bastante alterada. Alicia pregunta tres veces quién está del otro lado de la línea e indica las mismas tres veces: “despacho de la Catedral Municipal, muy buenas tardes”. Tu- Tu- Tu- Tu, llamada perdida. Alicia continúa empacando su bagaje de polvos faciales derretidos por el tiempo, un espejo redondo desbarajustado, el labial rojo recién comprado y su libreta de apuntes donde tiene escritas las más poderosas oraciones para alimentar el espíritu cada día. El Doctor no sabe nada de Alicia, más allá de exaltar su obediencia y excelente empatía con el trabajo, sabe además que diariamente usa el mismo bolso porque para sus adentros ha juzgado el que no compre nunca uno nuevo, él no sabe que para ella su “bagaje” como le llama, significa más que aquella frase resaltada con el marcador.

Suena de nuevo el teléfono y él con rigor dice ¡Alicia, si no le hablan de una vez cuelgue que necesito concentración!, sí señor, responde ella con el excesivo respeto que la caracteriza. Alicia pocas veces lanza injurias, realmente nunca le hemos oído una.

Doctor llaman del despacho del coordinador central de orden público, que necesita hablar con usted. Dígale que estoy en una reunión Alicia, ahora no puedo pasar, debo terminar de leer ese

documento por orden del servicio supremo (así le dicen a quien ejerce el mayor grado de autoridad). Alicia insiste en que pase al teléfono, una vez más, como es costumbre, él rehúsa en nombre de su gallarda ocupación.

Alicia se despide con la alegría y elegancia que reviste su espíritu de dignidad, ha dado solo dos pasos cuando escucha que han dejado un mensaje grabado en el telefax, antes de irse es mejor dejar todo listo, se dice así misma, así que lo oye sin reparo "Sírbase llamar con determinada urgencia al servicio supremo, llevan horas tratando de contactarse con usted", Alicia pasa el recado al Doctor, quien con un gesto de inusitada celeridad atiende la orden.

"Hemos sido informados de la grave situación de orden público que se vive en este momento en Acadis, situación que se está presentando hace una semana; necesitamos de su parte la orden judicial para entrar a atacar con vías de hecho, no es posible continuar dilatando mientras el crimen avanza, ¿entramos al caserío 3 esta noche? Esta decisión debe ser tomada o no de manera inmediata, dice la voz al otro lado del teléfono. El Doctor, que es un hombre de buenas y rápidas decisiones, responde que sí, al tiempo que es interrumpido por una sórdida desaprobación de Alicia: ¡no lo haga doctor!, ella no sabe que abrió con esto una fisura inconmensurable. El doctor le pide que se retire inmediatamente. Ella con humildad pero dureza insiste en que lea la carta que acabó de recibir, pero ante eso, con la soberbia que suele dar el "saber hacer las cosas", él ordena que se retire de su oficina. Alicia sale, sería este el primer momento en que de su boca escuchamos injurias.

*Al fondo sonó la puerta que se cerró, así como sonaron los estadillos esa noche en el caserío 3 donde vivía Alicia con su familia, tema del cual hablaba la carta que quedó pendiente en la carpeta del mes de junio del año en el que Alicia dejó para siempre de leer sus oraciones. **¡El doctor fue ascendido!***

¿Te molesta el humo?, dime para saber si cambio de dirección. Es extraña esta hora, me siento taciturna, vengo de ser la furia y estrellarme de frente con mis propias paradojas, tan desatinado esto que poseo (una casa caída) como lo que creo ser, y así me pides entonces ser algo cuando yo misma, que he sentido el rigor del accidente, no comprendo bien lo que digo, me reclamas desposeerme para entrar en la dulce sintonía de lo preciso y calculable. ¡A la mierda eso! creí que en este cuarto putrefacto podría atreverme a considerar otras palabras, a parlotear entre las grietas de mis propios deseos, es tarde ya, bebo uno y dos vasos de agua por minuto, porque no hay vino, solo rabia. Llegó el momento de organizarla (si es posible tal atrevimiento), de acceder a los umbrales de mi propio afán; creemos ser la tierra y el cielo, al menos eso fue lo que nos dijeron, que ya todo estaba creado, pero una vez más nos han mentido, venimos creando un mundo de a poquitos, a fuerza de todo, con pronósticos reservados evidentes en el aburrimiento diario de los hombres. ¡Cuidado! córrete se está cayendo la cenefa dorada que papá colgó en su juventud.

¡Esto, de pecera nada, no; esto es poesía, sí, señor!, pero en el mundo en el que vivo, hay menos poesía que en una choza de pescador japonesa. ¿Y os parece normal que cuatro personas vivan en cuatrocientos metros cuadrados cuando muchas otras, y entre ellas quizá incluso algunos poetas malditos, ni siquiera tienen una vivienda decente y se hacinan en grupos de quince en veinte metros cuadrados? Cuando este verano nos enteramos en las noticias de que unos africanos habían muerto porque se había incendiado el edificio insalubre en el que vivían, se me ocurrió una idea. Ellos, la pecera la tienen delante de las narices todo el día, no pueden escapar de ella a golpe de poesía. Pero mis padres y Colombe se imaginan que nadan en el océano solo porque viven en un piso de cuatrocientos metros cuadrados atestado de muebles y de cuadros (Muriel, 2006, pág. 52).

¿Casi te mata?, no exageres, sería muy gracioso morir por un golpe de cenefa, te imaginas los titulares de prensa: *la cenefa asesina u otras matanzas*. Por lo que veo tienes mucho recelo a la muerte y malos reflejos; déjame ver, te ha hecho un chichón, no es nada, con un poco de presión se te pasa, hace un minuto estabas serena y ahora tienes un tolondrón en la frente. Tan fuerte la incertidumbre, un acto concreto de descenso con muchas palabras, una hinchazón, un bulto, una protuberancia, un asesinato ¿y después qué?, ¿si te hubieras muerto dónde estarías?, ¿te lo has preguntado?, es absurda la pregunta misma, aunque como estoy viendo las cosas estarías en La Estigia, mira cómo ha subido el nivel, las vasijas no logran almacenar toda el agua que se cuele por el techo.

Así pues, me encamino tranquilamente a la fecha del 16 de junio y no tengo miedo. Tan solo algún que otro pesar quizá. Pero el mundo tal y como es no está hecho para las princesas. Dicho esto, que uno tenga el proyecto de morir no quiere decir que hasta entonces tenga que vegetar como una verdura podrida. Antes al contrario. Lo importante no es morir ni a qué edad se muere, sino lo que uno esté haciendo en el momento de su muerte(Muriel, 2006, pág. 32).

Me he reído mucho con el chichón, parece que se ha alterado tu geografía, hasta en los paisajes hay contingencias y declives, no estás libre de eso, con un trozo de papa cruda te curaré. Me preocupa que el agua nos inundó los zapatos, ya no queda ni un solo fósforo, conversaremos a oscuras como si estuviéramos en La Estigia, cerca al Hades, no tuvimos que tomar bus para llegar a ella, nos bastaron los restos de madera de esta morada.

¿La ubicación exacta?, ¿cómo puedes preguntar eso? Hace un momento creíste morirte y ya quieres saber dónde queda La Estigia, no sabría decirte nada con seguridad, ya ves que las bases y cimientos del alma están tumbados, se ha sugerido en textos como la Odisea de Ulises y la Iliada que se trata de un lugar bajo los pies de los vivos, por debajo del caudal de la tierra que pisamos. El cielo en contraposición a este lugar, siendo más luminoso no tiene ninguna implicación para su arribo, no te apures, digo que estamos allí hechas laguna porque el agua no demorará en acariciarnos las rodillas.

Imagino que así como caminamos las dos en este remedo de casa, caminan las almas hacia La Estigia: yo imagino muchas cosas para no quedarme solo con la roña que me produce la empresa. Ese desplazamiento debe ser horizontal entre el Hades y la laguna, así como entre este cuarto y la sala, a oscuras, sin la luz de los hombres iluminando los pasos. Ahora que veo la geografía de tu rostro alterada por el golpe pienso en cómo será la geografía del Hades, cerrar los ojos y verla es aventurarse a la exploración de un paraje que colma de imágenes y sentires la vida.

¿Crees que morirse es un movimiento hacia abajo?, ¿el desplome del cuerpo suscita la caída a algo más hondo? El Hades aparece como un terreno restringido, un no- lugar para los vivos, y es entonces esta contradicción la que sugiere que son dos mundos que no pueden juntarse a menos que una deidad interceda; la muerte misma es un tabú, una negación más; acceder al Hades poéticamente insinúa llegar a través de la descarnada verdad de que cuando no hay cuerpo quedan las metáforas.

Tanto el hades griego como el inframundo acadio, son mucho más que un mero elemento estético, si bien se nos presentan

como una realidad textual hecha de palabras. Dichos enclaves suponen ámbitos definidos con una geografía particular, personajes asociados, leyes propias, organización interna etc., constituyendo el destino final en el viaje de la vida y estableciendo conexiones en relación con la misma, como por ejemplo, la idea del tránsito, los rituales fúnebres etc. (Hoya, 2010, pág. 2).

Guarda aquellas aguas y aquellos ríos el horrible barquero Caronte, cuya suciedad espanta; sobre el pecho le cae desaliñada lengua barba blanca, de sus ojos brotan llamas; una sórdida capa cuelga de sus hombros, prendida con un nudo: él mismo maneja su negra barca con un garfio, dispone las velas y transporta en ella los muertos, viejo ya, pero verde y recio en su vejez, cual corresponde a un dios (Virgilio, 2000, pág. 133).

Estamos las dos entumecidas por el hielo que se guindó en la última estructura de hierro que queda, ¿acaso el desplome será hacia abajo?, ¿cuáles serán las metáforas que quedarán en el socavón de esta casa? Ahora no tendré en que caerme muerta, ni siquiera un mueble seco en el cual calentar las nalgas y una cobija de lana para esconder la nariz; así como Caronte cobra a todos un óbolo por continuar el curso del Hades, así mismo hemos hecho de estos parajes una condición determinante de clase, “no tener donde caerse muerto” o no ser propietario de un óbolo implica un descenso fatigado y solitario; yacer como NN en un cementerio público de beneficencia tiene una significación muy distinta a ser enterrada en un sepulcro familiar, cuyo costo se ha pagado toda la vida. Ojalá al menos aguardes mi ruina porque quisiera ser una NN pero sembrada al lado de un tulipán, merecería algo así después de este frío.

Impuesto de renta \$. *Pero más allá del estatus social que significa el pago o no del paso, es importante la figura de Caronte porque, aunque escasa aparición tiene su nombre, existe como vehículo facilitador del ritual; para la mitología clásica el final no deviene del morirse, es ahí donde realmente inicia el camino auténtico de la reparación, el ascenso y el deseo. En este sentido, Caronte ocupa el lugar del sendero, la puerta que se abre hacia un segundo escenario, la privación de un dolor más allá de la muerte.*

Impuesto de renta \$. Caronte a pesar de ser un personaje secundario en la mitología griega, y aparecer esporádicamente en los momentos de tensión al ingreso vía Estigia, funge como filtro inicial; la paciencia, autoridad y cobro hacen de él un personaje temido por las almas pobres que llegan al Hades sin un solo óbolo para pagar y vagan tristemente 100 años por la laguna hasta que Caronte se apiade de ellos, de lo contrario son insepulcros. En conclusión, Caronte es quien, en la modernidad, emplaza figuras como las de los sacerdotes o todo aquel que representa compañía para ayudar al descenso de una persona, también como quienes en nombre de una propiedad “en el más allá” o de una relación de clase social, hacen de la muerte un negocio en el que las almas no deambula peregrinas por toda la ciudad, pero sí tienen una representación simbólica diferenciada de lo que significa morir con “bombos y platillos”, así el abandono y el dolor no sean elecciones del capital, el costo que todos pagamos termina siendo el mismo.

Quizás encontremos en alguna mesa de noche un chocolate endurecido como la piedra que me regalaste, o una aspirina para este dolor de cabeza, es enorme el frío que nos abriga, qué contradicción que el hielo cobije la piel creyendo socorrerla. Me gustaría dejar de llorar, así sea mientras descubro algún calefactor en una casa que siempre me fue ajena, aunque un día escuché en un programa de radio (no te burles, de veras no lo estoy inventando esta vez) que cuando uno conoce algo desde su cadáver se hace propietario, es decir que el ser testigos del derrumbe nos hace poseedoras del congelamiento, así las cosas, mañana nos hallarán tendidas como un par de pechugas de pollo congeladas y los diarios nos difundirán como las dueñas de un pedazo de tierra que no sirvió para nada.

La llamada del arte, la llamada del regreso al día que solicita una forma, no es sino la atracción de una disimulación, pues otra noche distinta de la que sucede a la vida diurna vela aquí, merced a la mirada de Orfeo, una ausencia profunda que coincide con la muerte. De esta primera paradoja blanchotiana —la vida del arte es una muerte—, derivan todas las demás como las vueltas de tuerca de la espiral que hemos llamado su pensamiento (Poca, 2002, pág. 11).

Solo hallo en estos cajones chancletas mojadas y sin escrúpulos, un par de calzones sucios que alguien olvidó lavar. Qué desventura la nuestra no poder hallar ni siquiera un hálito de dulzura en esta casona. Busca a la izquierda y yo a la derecha, no tenemos quién escudriñe el centro, así que miremos los bordes, quizás en lo marginal demos con un poco de calor. ¡Muévet!, ¡ayuda!, tú también estás corriendo peligro, ya veo que el chichón te ha dejado más lenta de lo normal.

¿Qué importancia tiene cuál era mi habitación? Acaso significa algo eso en medio de este diluvio. Un frasco de remedio, un arrume de periódico mojado, tres cortaúñas, papel, papel y más papel, perfumería barata, trapos de esencias de buen olor; las personas se bañan más de la cuenta, se cepillan en demasía los dientes como si de eso dependiera la honra y cuando se encuentran los calzones sucios qué honra ni que ocho cuartos. Quienes moraban aquí tenían mucho miedo a las cucarachas, he encontrado seis frascos de mata bichos, pobre humanidad tan desquiciada.

El inodoro

¡Este lugar apesta, es asqueroso! Suele usar expresiones de horror frente a la ausencia de aseo en la casa, es común verla enojada divagando entre las mejores marcas de jabón para lavar platos, determinadas por su capacidad de eliminación de bacterias; admira las bondades estéticas que trae consigo el consumo permanente de marcas top 10, las cuales sin duda son muy bien valoradas en las redes sociales y por expertos en limpieza. Suena el reloj, se le ha hecho tarde, ahora que no estoy yo tiene pesadillas, suele ocupar mi lugar en la cama, y se le dificulta despertar. Sus faldas, camisas, blusones y uñas están en perfecto estado.

Con otros habla de mí como quien ha sabido administrar su existencia, me referencia como ¡El mejor hombre del mundo!, ¡siempre preparó mi café al despertar!, ¡nuestra magia estaba en que éramos un equipo!, ¡lo echo de menos, la vida hoy es otra! Suspiro para mis adentros, con un frío enrarecido, inhalo, veo una vez más la dulzura angelical de su rostro, y sus piernas adobadas por la lozanía. Solía llegar a casa comentando vericuetos laborales, cuando se descalzaba y se quitaba las medias estas eran llevadas a la habitación, pocas veces la vi generar desorden. Todos estábamos acostumbrados a su don y

mando de empresaria experimentada, a sus saludos formales y distinguidos, a veces viles, que trae consigo la vida empresarial y el sometimiento a las leyes del capital. Odiaba el cine conceptual y prefería las películas de súper héroes, no puedo negar que también yo las disfrutaba, pero me exacerba por instantes su incapacidad de ver algo distinto, no sé, algo como un Anime japonés o película italiana; Batman y la Mujer Maravilla han estado sentados a nuestra mesa y durmiendo en nuestra cama. En general una vida envidiable, con la mayor parte de las cosas resueltas, una cotidianidad en la que no ocurría nada mejor a decirnos te amo luego de bajar del carro y saludarnos, ¿cómo te fue hoy? Así como se debe vivir el amor: unidos y preparados para las batallas.

Cada tanto encendíamos la televisión, veíamos noticias sin importancia: robos, atascos de buses, caídas de deportistas famosos, muertos en Bagdad, y sobre todo resumen económico del dólar, un dato que cotidianamente la hacía ajetrear buscando papel y lápiz para apuntar los valores exactos y calcular la rentabilidad de las acciones que tenemos invertidas. Cuánta luz en su mirar y firmeza en sus palabras, cuánto de sí parecía rondar en los breves silencios, interrumpidos con rigor y aspereza: ¡cariño, ve a preguntar al portero del edificio si ha llegado correspondencia! Cielo, ¿hay pescado para mañana? ¡Recuerda hablarle a Berenice para que haga el aseo de la casa con mayor juicio! Pronunciaba el mandato y todo estaba bajo mi operación, así la quería yo, capaz y sometedora, incluso, de quien se esperaba mayor rudeza y carácter, mayor prestigio de varón exmilitar, amparado por las leyes con que el Estado agradece haber defendido honorablemente la vida de los ciudadanos, yo a quien el arte de hablar duro y estrechar fuerte las manos le venía bien, a ese ella direccionaba y luego acicalaba con cariño.

Un día en una conversación de sábado matutino, de esas que suelen tener las parejas estables, que alardean del amor conociendo de antemano que a los demás a quienes les pesa esa brega se sienten miserables, estábamos ella y yo en el sofá,

sin el agite laboral, viendo la televisión mientras pasaba un comercial de un limpiador antibacterial en el que actuaba una mujer negra, yo sentí que en ese comercial había un profundo ideal de nación: una mujer negra que friega la casa de los ricos, un limpiador blanco contrario a su color de piel, elemento discriminador pero poco importante, su traje era de sirvienta, como le llaman en las burguesías más altas que nosotros aún no alcanzábamos. Blanquita se llamaba la mujer negra, por cariño, y decía que su condición de felicidad en la vida era lograr sacar todas las manchas, eso me hacía pensar en ella, mi gran amor que buscaba la excusa perfecta para ver y odiar la mugre e imaginarse las caravanas bacteriales por todos lados, solía no ir a misa para evitar el contagio al dar el saludo de la paz, aunque siempre consideró importante tener paz en su corazón. Su serenidad en los negocios, le dije un par de veces, podría llevarla a montar una gran compañía, para efectos de sus propias discordancias, experta en investigar y crear fórmulas activas contra los gérmenes, pues por ahí dicen que las ideas, así como las mascotas, se parecen a sus dueños.

Ese mismo día, en la noche, se ha presentado una algarabía en el cuarto, ¡lo impensable!, una minúscula cucaracha se ha paseado por la mesa de noche, con tendencia a caminar entre las almohadas, ella ha gritado como nunca y entró en un pánico ensordecedor, ¡ya está! le dije mientras recogía el insecto y lo arrojaba por la taza del inodoro; me pide que retire la sábana y limpie todo mientras su sistema escrupuloso se estabiliza; hago lo debido.

Al acostarnos, sintiéndose ella, para mi bien, más tranquila, nos despedimos con afecto y reposo sobre la cama mientras pienso que tal vez las cucarachas no son tan impúdicas, es más, terminan siendo un templo de la limpieza y asepsia, mientras que ella duerme al lado de un ser sucio y enmudecido; la guerra, los muertos, la mierda con la que sueño todos los días de mi vida desde que me retiré del cuartel, está en su cama, al lado suyo, abrazándola en las noches fogosas, presente en los recodos de

mis imágenes mentales; la sangre, los gritos, el disparo, esa suciedad que me hace ser un zarrapastroso duerme ahí, sin cambiar de sábana y ahora reposa en la eternidad, haciéndose preguntas inciertas, viendo desde ángulos distintos lo que ayer fue obtuso, validando con el alma el sentido mismo de haber descubierto en la guerra y sus miserias las peores manchas que ni siquiera Blanquita, la del comercial, podrá eliminar.

Descubrí dos colombinas vencidas y un cascabel de totumo. ¿No quieres comer?, problema tuyo, yo endulzaré este naufragio así sea lo último que haga ¡Sacude el cascabel! la música ayuda a nivelar y equiparar el ritmo del corazón. Qué soledad la que se siente, tengo el agua en los muslos, solo quedan tres paredes completas, y una lámpara colgada en el estudio; allí va flotando un afiche de Hitler y otro más de la Revolución Rusa, la pulsera que mamá pidió a mi hermana sostener eternamente —duran poco las promesas—. ¿También tienes pulseras en tus manos?, ¿las has robado? Pierde cuidado yo también hurté cosas cuando era niña: los barriletes de la tienda de doña Tere, robaba monedas de los bolsillos de papá borracho y sentía que lo hacía en nombre del amor ¿cómo no?, si con ellas me alcanzaba para comprar el álbum de supercampeones y una chocolatina de doce cuadritos, hurtar es a veces un acto político, sobre todo cuando para ti dejas un trozo de pan y el otro lo compartes. En eso no veo un lío ético, en cambio robar a quien no tiene pan, esa extraña e injusta costumbre de este tiempo, cuyo sinónimo puede ser asesinar porque representa dejar a otros seres con hambre de ese ser robado, eso sí me parece grave. Va pasando por la corriente del baño el cuaderno de Natalie Portman, la actriz preferida de mi hermano, qué iba ella a pensar que terminaría esta noche en una alcantarilla. ¡Continúa con tu desafíe de totumo!, en medio de esta borrasca todo me suena melodioso.

Los caramelos o el arte de abrigar una esperanza

Emma me felicita porque he aprendido ya muchas palabras nuevas ma-má, el-hor-no-es-tá-a-pa-ga-do, la-ca-sa-es-bo-ni-ta, la-vi-da-es-be-lla, todo lo he hecho bien y por eso me merezco un pedazo de mañana en el jardín, acompañada de los caramelos que Emma sabe hacer y que nadie en el mundo tiene la receta. Emma me ha dicho que cuando aprenda muchas palabras y pueda escribir un cuento completo me contará el secreto de los caramelos, pero que jure nunca decírselo a nadie, supongo que es tan importante y único que ella quiere dejarlo en buenas manos.

Hace una mañana maravillosa. Cada uno se dedica a sus tareas, yo ya hice las mías y disfruto ahora en el jardín de la casa. El loro de la vecina me hace reír con sus palabrotas, a veces creo que se parece a mí cuando estoy en las lecciones de lectura; él dice torta-torta-torta y yo repito una y mil veces más la-ca-sa-es-bo-ni-ta, la-vi-da-es-be-lla. Cuando escucho al loro parlanchín repetir sus palabrotas le lanzo besos de caramelos y él mientras tanto ríe a carcajadas, o bueno al menos yo creo que ríe, hace sonidos parecidos a cuando los humanos ríen, aunque ahora puede ser más común reír entre los loros que entre los humanos.

Ema me llama desde la ventana. Como se va de rápido el tiempo cuando se disfruta, es hora de entrar a casa y continuar la lección, esta noche daremos una sorpresa a mamá al demostrarle mi nivel de lectura adquirido. La-vi-da-es bella, la-ca-sa-es-bo-ni-ta, los ca-ra-me-los-de-Ema-son-los me-jo-res-del-mundo, leo, leo y descubro que mi cabeza se atolondra con letras de todos los colores y miles de palabras que deseo abrazar. ¡No lo hagas todo de golpe!, me grita Ema, con esto vuelvo a la realidad y repito lentamente la lección, la-ca-sa-es-bo-ni-ta, la-vi-da-es-be-lla. Al terminar, Ema me hace la moña en forma de "bollito" con mi larga y necia cabellera, ella sabe cómo me gusta que me quede, a veces para embellecerla me pone flores amarillas del jardín que realmente duran muy poco porque mis movimientos rudos y bruscos al caminar o moverme por la vida hacen que se caiga.

¡Ya casi llega mamá! Preparo el escritorio y el libro de pruebas, deseosa de entregar este regalo me poso en el jardín con la moña en forma de bollito en la cabeza; observo el loro que no para de balbucear y a Ema que riega las flores, ella dice que es mejor hacerlo en las tardes, cuando las plantas están más frescas y menos excitadas que el loro que no frena su agite.

Ema entra a casa y enciende la televisión, están dando las noticias. Yo aún estoy en proceso de aprender a leer también la hora del reloj, pero sé que cuando dan las noticias mamá ya está en casa.

"Querida Ema, este fue uno de los instantes más decisivos de mi vida, no guardes rencor por nada, todo retorna a sus surcos. No hay peor camino que el des-andado, y ocurrido, no hay que deshacerse." MAMÁ NUNCA LLEGÓ...

No siento las manos ni los pies, el agua me está llegando a los hombros, por suerte aún toco el piso y domino la corriente. A medida que avanzan los minutos no sé si nos hundimos nosotras o nuestra sombra sobre el agua asciende; para que algo trepe lo otro debe vencerse, así como los militantes de un partido político escalan sobre otros hombros y hombres. ¿Te has preguntado qué función cumplen los omoplatos, escuderos acérrimos del amor y el sacrificio? Jamás quisiera volver a ser uno en mi vida, he sido tantas veces eso y heme aquí con el agua hasta el garguero, gimiendo tal cual un perro al que le falta comida.

[...] Encontramos el denominador común del agua. Este elemento, que también puede aparecer vinculado precisamente al surgimiento de la vida, según el texto cumple distintas funciones: es como hemos visto el medio de acceso al Hades —el Océano—, y se usa en la invocación cuando Ulises vierte agua pura en el hoyo excavado, lo que connotaría cierto poder purificador aunque, por otro lado, las aguas infernales son insanas, estancadas, frías etc., de todo punto incompatibles con la vida y dotan al lugar de un ambiente húmedo y pantanoso asociado sin duda a la putrefacción, en definitiva a lo muerto (Hoya, 2010, pág. 5).

¿Puedes ver desde ahí la gaveta blanca de la cocina?, siento mucho no haberte invitado nunca a las galletas de coco que guardábamos allí, lo haré otro día que no se nos remoje tanto la vida. Tengo un calambre en la mano derecha, sacúdeme con tus dos manos por favor, aprovechemos que aún nos quedan algunos centímetros de cara despejados. Me parece interesante no sollozar porque se nos agota el tiempo, si no el semblante, todavía logras verme desde el cuello hacia arriba; estos 170 centímetros de estatura ayudan, si al menos hubiese aprendido a emplear los tacones hoy tendría a lo sumo diez centímetros más de rostro disponible.

Tú y yo en medio de esta tremenda humedad, moramos más rodeadas de palabras que de agua, el tiempo transcurrido podríamos medirlo en sílabas: *li-bro, li-bre-ta, frí-o, ca-ma, me-sa, cue-llo, o-jo, go-te-ra, ha-bi-ta-ci-ón, cor-ti-na*, estamos empapadas de léxicos y de cadáveres, pero hoy no hablaré de eso, tampoco sé si tendré otro día para contártelo. Se ha acrecentado la elevación del agua, queda poco tiempo y se nos agotan las palabras, con las pocas que hay dialogamos aquí

aferradas a los últimos enunciados, los cuales consideramos pertenencias; decimos lo que decimos considerándolo propio a sabiendas de que quienes anidaron antes en esta casa ya lo habían nombrado, aunque a ninguno le hubiese sucedido la catástrofe.

El texto "Contingencia, Ironía y Solidaridad" (Rorty, 1991) propone como tesis inicial el abandono de la concepción del lenguaje como representación y en vez de ella, la idea del lenguaje como hecho fundante, para nada exento de las tensiones históricas y culturales de una época, el cual va dando lugar a nuevas metáforas, así mismo a nuevos léxicos. El lenguaje teje y desteje; lo que hoy somos es producto de una construcción histórica a partir de enunciados anteriores que, ingenuamente, bajo la avalancha de un presente, fue configurando las descripciones que hoy llevamos auestas en forma de instituciones, relacionamientos y tragedias.

No es lo mismo decir una palabra en seco que acompañarla de su marginalidad, expresar por ejemplo gotera en cualquier situación a indicarla inmersa en un desbordamiento como este. ¿Cómo crees?, no estoy siendo soberbia al decirlo, es tan importante la sequía como la inundación, en eso serían imposibles las jerarquías. Ha llegado la tos, es fuerte, nuestros pulmones empiezan a resentirse, lleva mucho tiempo el hielo sobre ellos.

Me preguntas si ¿es verdad esto que nos pasa o es imaginación?, ¿qué será la verdad? La verdad cae desde lo más alto de un "aquello" para convertirse en un grito de auxilio de un hombre portador de las imágenes que lo anteceden y las metáforas que labrarán silenciosamente sus por-venires. La inundación como palabra es un hecho en sí mismo (verdad) de la experiencia actual que padecemos, por eso te decía en el primer capítulo que te costaba mucho saltar esa linealidad narrativa, y tal vez nunca sería posible hacer de tu vida algo novelable, porque eres, así como yo, un cúmulo de palabras situadas y afirmadas en su naturaleza, incluso mal dichas, sufridas, dolidas y acontecidas, pero no es momento de llorar, ¿para qué con este montón de agua cerca?, ya ni siquiera nos basta con describirlo.

Si alguna vez logramos reconciliarnos con la idea de que la realidad es, en su mayor parte, indiferente a las descripciones que hacemos de ella, y que el yo, en lugar de ser expresado adecuada o inadecuadamente por un léxico, es creado por el uso de un léxico, finalmente habremos comprendido lo que había de verdad en la idea romántica de que la verdad es algo que se

hace más que algo que se encuentra. Lo que de verdadero tiene esta afirmación es precisamente que los lenguajes son hechos, y no hallados, y que la verdad es una propiedad de entidades lingüísticas, de proposiciones (Rorty, 1991, pág. 27).

El cambio de lenguajes, el uso de ciertos léxicos va dando lugar a especies que nunca habían existido, los nuevos seres van siendo producto de nuevos léxicos, desbordados, o no, atareados en sus preguntas irresueltas. Recuerda cómo fue nuestro primer encuentro: funesto, caótico, envalentonado y brabucón, marcó una zanja entre las dos, un léxico nuevo que te hace a ti mirarme como miras y a mí hablarte como te hablo, pero qué importa ya, si las dos tenemos el agua hasta el cuello, ese es el verbo concreto: lo que stampa la palabra, no somos una representación de un objeto que se moja, somos en sí la inundación. ¿Cuántas metáforas saldrán de esta escombrera?, ¿sabes lo que queda cuando baja el agua? los cadáveres, pedazos de sala tirados en el pantanero, la gente dirá “*están tan frías y tiesas, pobrecitas, cuánto sufrirían...*”. Y usarán sujetos y adjetivos nulos de predicados porque no habrá nada fijo sobre lo cual afirmar, de las preposiciones solo quedarán restos.

Juguemos a señalar metáforas, nombra una realidad que tú y yo representemos, ¡Ah!, pero no te rías, es serio, tus muecas empiezan a parecerme graciosas. Recuerda cuántas veces papá me hacía cosquillas en los pies y no soportaba ni siquiera que sus dedos rosaran mis costados, las cosquillas siempre han sido una de mis debilidades, la risa no, paradójicamente. La metáfora es un no-lugar, un germen en camino de ser fecundado, no como representación de una realidad a la que se está circunscrito, sino como potencia que se congrega hasta tener condiciones de emergencia; la metáfora aparece como léxico cuando el uso insistente ha fundado una nueva verdad.

Los románticos atribuyen la metáfora a una facultad misteriosa llamada imaginación facultad que ellos suponen se encuentra en el centro del mismo yo, en su núcleo más profundo. Mientras que a platónicos y a positivistas lo metafórico les parece irrelevante, los románticos les parece irrelevante lo literal. Porque los primeros piensan que lo fundamental en el lenguaje es representar una realidad oculta que se halla fuera de nosotros, y los segundos piensan que su propósito es expresar una realidad oculta que se encuentra dentro de nosotros. (Rorty, pág. 39)

Está entretenido el juego, lloramos de risa en medio de un aguacero encerrado como este. Cuando pequeña solían decirme en casa “el payaso lagrimita”, me costaba mucho no llorar mientras reía y hoy mírame aquí remojada y riendo a carca-

jadas contigo y las metáforas elegidas. Yo por mi parte quiero ser nube, nube que se evapora o zapato viejo que aún conserva algo de memoria, ojalá sea uno talla 39, los de tallas más grandes me dan miedo porque se parecen a las botas militares, y esas metáforas me tienen fatigada.

¿Cuál es el problema de Colombe?, ni idea. Puede ser que a fuerza de querer aplastar a todo el mundo, se ha transformado en un soldado, en el sentido literal del término. Por eso lo deja todo impecable, limpia y saca brillo como en el ejército. El soldado tiene la obsesión de orden y la limpieza, eso lo sabe todo el mundo. Es necesario para luchar contra el desorden de la batalla, la suciedad de la guerra y todos esos hombres despedazados que la barbarie deja a su paso. Pero yo me pregunto de hecho si no es Colombe un caso exacerbado que la norma pone de manifiesto. ¿Acaso no abordamos todos la vida como quien realiza el servicio militar? es decir, haciendo lo que uno buenamente puede a la espera del combate o de que termine el servicio (Muriel, 2006, pág. 89).

Ahora el agua cubre mi lunar café del mentón. ¡Tranquila! no estoy muerta, sigo aquí, es que disfruto la apnea, por ello cuando adviertas mi quietud es porque me sumergí para suspender un poco el aire. Te ves tan chistosa haciendo burbujas bajo el agua, déjame verte esa cicatriz de la frente, ¿es fruto de darte contra el borde de una piscina? Mira la mía, esta fue duro contra el piso como suele ser la vida cuando la soberbia nos falsea.

De pequeña mis amigos se retaban entre ellos y lanzaban a los más chicos a las piscinas hondas para hacernos sentir pánico, su crueldad me obligó a aprender a nadar, quizás por eso puedo esperar con sosiego este ascenso marítimo, tengo paciencia para aprender de las degradaciones, aunque este no es desde ningún punto de vista una humillación, sino un acto de libertad pues todavía podemos conversar como dos vecinas del barrio, aunque tengamos el agua hasta el pescuezo.

Ya casi ahogándonos aquí, me tomaré un tiempo para hablarte de algo que eso de aprender a nadar a las malas me suscitó: el riesgo de hallar una realidad oculta dentro de nosotros está determinado por la posibilidad de que algo acontezca en ese hallazgo, lo que un autor como Rorty llama contingencia, ese ámbito de libertad en el que algo es posible que se dé. En este sentido, el léxico y las nuevas metáforas, como esas que inventábamos ahora, son producto de una cadena de sucesos que van construyendo nuevos paradigmas, es decir el lenguaje nos esculpe en el reconocimiento de todos los accidentes que nos irrumpen. La crueldad creó en mí el amor por el agua, soy un pez.

¡Todas las metáforas que has elegido son sutiles! No quiero herirte como lo hice antes, pero ¿no crees que en la oscuridad de la noche, se puede vislumbrar mucha fuerza también?, ¿por qué una ciudad iluminada es tu metáfora si es evidente que al iluminar en exceso se pierde de vista el firmamento?, ¿puede uno prescindir de las estrellas? En casa usábamos las claraboyas para rendir homenaje al cielo y a los muertos, papá decía que el mundo no era de los de arriba y los de abajo, sino de quienes pueden imaginarlo, así como nosotras que somos la promesa de lo que un día imaginamos ser, este es el trozo de mundo que nos pertenece hoy y las promesas se rompen. ¡No, boba! yo tampoco pensé que algún día podía estar hablando contigo en semejante situación, ni siquiera tenía interés de conocerte, pero es que además de metáforas somos un sinnúmero de accidentes buscando dónde ocurrir.

Nietzsche tenía la esperanza de que "cuando hubiésemos caído en la cuenta de que el 'mundo verdadero' de Platón era solo una fábula, buscaríamos consuelo, en el momento de morir, no en el haber trascendido la condición animal, sino en el ser esa especie peculiar de animal mortal que, al describirse a sí mismo en sus propios términos, se había creado a sí mismo. Más exactamente, se había creado la única parte de sí que importaba, construyendo su propia mente. Crear la mente de uno es crear el lenguaje de uno, antes de dejar que la extensión de la mente de uno sea ocupada por el lenguaje que otros seres humanos han legado" (Rorty, 1991, pág. 47). Esta mirada, aunque individualista, reconoce la variable historicista que ronda nuestras cienes, no somos animales racionales desprovistos de una historia, pero tenemos la posibilidad de labrar lenguajes que nos ayuden a irnos deshaciendo de léxicos anteriores que han fundado el nuestro, esta es quizás una de las labores más virtuosas del poeta.

Cotidianamente escuchamos hablar de accidentes, complejo categorizar el menos grave, pero qué tal si pensamos en un mundo en el que elegir el tipo de accidente a sufrir nos condujera a la ganancia de cierta libertad y a la pérdida de otra. ¿Tú hubieses elegido morir ahogada? o ¿cuál sería tu elección?, insistes en el hambre ¡carajo! Ahora veo por qué eres tan comelona, pareces guardando reservas para ese momento. Bueno, yo de hambre no quisiera morir, pero una inundación no la siento del todo mal, creo que este es un accidente hidratado y jugoso, una manera poco común de ocurrir, de decirnos la verdad a la cara; yo he descubierto mucho de mí en este accidente, nunca había observado tanto a alguien, llevo horas aquí en las que el mayor ángulo de visión que tengo es tu pedazo de ser que sobresale cual *iceberg* sobre el agua, esos sí que tienen fama de producir accidentes, vamos por la vida siendo un pedazo de cosa asomado, creyéndonos eso, y haciendo

que los demás lo aprecien, cuando en lo subterráneo somos un universo de carros estrellados entre sí, porque eso que margina, lo que está por debajo del agua, nos hace colapsar. ¡Ah! el agua ya llegó a tus pálidos cachetes.

“Las heterotopías inquietan, sin duda porque minan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque rompen los nombres comunes o los enmarañan, porque arruinan de antemano la `sintaxis´ y no solo la que construye las frases: también aquella menos evidente que hace `mantenerse juntas´ (unas al otro lado o frente de otras) a las palabras y a las cosas. Por ello, las utopías permiten las fábulas y los discursos: se encuentran en el filo recto del lenguaje, en la dimensión fundamental de la fábula; las heterotopías (como las que con tanta frecuencia se encuentran en Borges) secan el propósito, detienen las palabras en sí mismas, desafían, desde su raíz, toda posibilidad de gramática; desatan los mitos y envuelven en esterilidad el lirismo de las frases” (Foucault, 1976, pág. 5). El automóvil estatal que acaba de pasar, el miedo de Peter Walsh al amor disipado en una banca del Regent´s Park, Clarissa y su nostalgia de un tiempo perdido antes del matrimonio y la inevitable pulsión de apariencia ante sus invitados, las campanas de la iglesia sonando y el mástil de una bandera que ondea en significación a un nuevo comienzo, hacen parte de la entremezcla que nos regala el carácter heterotópico de Woolf.

Está alto el nivel del agua, dentro de poco únicamente veremos nuestros ojos y no podremos hablar. ¡Hagamos algo! levantemos las manos, ¿notas cómo se nos hunde la cabeza?, tomemos aire, luego nos sumergimos del todo en el agua, aguantamos la respiración y contamos mentalmente *uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis*, sacamos otra vez la cabeza, o lo que de ella queda asomada, respiramos nuevamente. Continuemos haciéndolo hasta que ya no quede nada de nosotras asomado. Acabo de recordar a *Beppo Barrendero* el de Momo quien se ingenió una ruta para encontrar dicha en su rutina de barrendero: *paso- inspiración-barrida*, así volvía más liviano el peso de su automatismo, en el nudo y centro de su método estaba lo interesante, imaginarse el mundo que faltaba por barrer, incluso el repasar con amor el que ya barrió; los nudos de las narrativas siempre serán privilegiados.

Solo los poetas pueden apreciar la contingencia. El poeta socava a la sociedad liberal incitándola al descubrimiento de su propia

accidentalidad, a la aceptación de la imposibilidad de una única carga que defina su carácter y a evidenciar cómo este miedo a la pérdida de una verdad universal hace que “los modernos liberales” nos volquemos a diversas estrategias que eviten a toda costa lo contingente y salvaguardar lo que de nosotros parece “común”. Estamos rotos y re-descritos, eso es lo que el poeta o creador puede atreverse a decir, aun y con la ironía que le implica el ser hijo de los mismos conglomerados lexicales de la época.

Eso hacía el barrendero. ¿Cómo puede uno alterar la rutinaria corriente de una inundación?, ¡ja!, riamos de nuevo, parece que eso es lo único que puede unirnos además del desbordamiento. *Levantar manos, tomar aire, sumergirse y contar hasta seis, sacar la cabeza y respirar*, he ahí nuestro camino establecido, como es de fácil establecer algo, sin embargo romperlo requiere coraje, valor para desgajar lo que se construye. Siento un vacío profundo, el agua me llegó a la nariz, acabo de sentir miedo, ¿será el fin? He perdido el movimiento de las manos, ya no puedo levantarlas, la corriente arrecia contra mí, el pánico es incalculable; por encima la he perdido de vista a ella, solo cuando me sumerjo del todo la veo gritar con los ojos, el método establecido ya no sirve de nada.

Es tan difícil destrozar o ver que se destroza lo que uno ama, esta casa, este cuerpo y esta pequeña sala invadidos por completo, ya no logro ni siquiera distinguir los objetos que se lleva el agua. ¡Abrázame fuerte!, ¡concédeme un hálito de humanidad! Por primera vez en este accidente tengo miedo. ¿A quién le hablo? estoy sola, ella combate ahí entre sus fantasmas; el terror me está calando hondo, me desdibujó y no hallo ni siquiera mi segundo apellido, observo cómo ella estira las manos en señal de auxilio y yo no puedo hacer nada más que asistir a mi propio desgarró. Las preguntas quedarán pendientes, no podemos abrazarnos, darle mi mano la hundiría más, lo mismo haría ella conmigo. Qué desgracia este exceso de empatía, cuánto dolor me produce ver sus gritos quedos, mudos.

Toda la vida creí que estirar la mano a otro era benevolente, esta implacable calavera sentada a mi lado me enseña que no basta nunca una mano que se extiende, nadie puede salvar a nadie. No soporto ver su rostro descompuesto por el sufrimiento y el ahogo, mejor cerraré los ojos, suficiente ya con mi propio estrago. Ni siquiera logro darle la espalda, aprendí a resolver los problemas escondiéndome debajo de la cama y metía el polvo de barrida por debajo de la mesa, hoy la vida me obliga a ver el quebrantamiento de otro para perderle el miedo a mi propia catástrofe. ¡Esto es demasiado!, daría lo que fuera por evitar verla sufrir y estirarme las manos tías por el frío y el terror; preferiría sentirlo todo yo.

Ofelia

Nunca olvida saludar, prudente y sigilosa cual pantera que asoma detrás del bosque. Su sonrisa es menuda y delgada como quien ha querido reír a carcajadas toda la vida y no ha podido. Sus manos suelen abrazar un bolso rojo en el que carga una cosmetiquera de florecitas blancas con el cierre dañado y el almuerzo empacado en papel chicle, listo para el turno del microondas al medio día. Le dicen que ese plástico es dañino, ella solo ríe y lo pone a calentar.

El "desguate" propio de quien ha crecido en el campo y viene a la ciudad a desafiar patrones de soberbia y estupidez, camina entre la manada, nativa y animal, no se fija nunca en el que dirán. Un jean desteñido con arabescos, una blusa azul y una diadema café delgada sobre su corto pelo negro y liso.

Ama el labial morado, y pintarse las uñas con tonos brillantes y dorados. Los barnices baratos que venden en el hueco son sus favoritos, desprecia las marcas y todos esos vericuetos que impone el mercado, frente a lo que suele burlarse con un chorizo en la mano, una arepa con morcilla al desayuno o un pedazo de torta de cumpleaños que alguien de otro equipo le compartió.

Habla todo el día por teléfono. No usa el celular, jamás lo hará, siente que la tecnología la ha dejado atrás e intenta ignorar a quienes ridiculizan de su retardo tecnológico, aunque a veces responde con cierto enmarañamiento "al menos yo puedo vivir tranquila". Lo cual no es cierto, y eso también ella lo sabe, pues su asidua disposición al servicio la hace esclava de la tarea y de los otros; su bondad desmesurada la vuelve, presa de la piedad y la caridad que esta época suele aprovechar para evitar ciertos niveles de emancipación.

Sus manos son gorditas y redondas, porta un anillo en el dedo angular de la mano derecha, sus dientes dispares, y sus rasgos faciales profundamente indígenas. Es porfiada y terca como una cabra suelta, sufre de mala visión y ante una cosa que puede ser sencilla ella tiene la virtud y la tragedia de crear un difícil rizoma, pero si usted le pide un favor, o le incita a compartir, ella estará lista y aireada.

Un cuerpo robusto y rígido con voluntad de "puta", no sabe decir que no, vive a la carrera, cada minuto tiene afán, teme a la autoridad de los superiores y respeta sobremanera la otredad, prefiere ser ella quien cargue todo con tal de no evidenciar un solo indicio de límite; su borde es la deshonra que puede hacer de sí misma, para que otros sean felices.

Detrás de esos negros y apagados ojos habita una mujer sabia y honesta, valiente en el silencio de lo cotidiano, observadora sagaz de la infamia, nadie la presiente, pero siempre está ahí observando, tragando entero como quien busca la redención del mundo, al menos de un mundo al que ella, sin duda, ama

¿Salvarla?, absurda hasta en mi final, si pudiera me daría yo misma una bofetada. He sido soberbia, incluso en el mayor desborde de todos los tiempos insisto tontamente en que puedo con mi caída y la de los demás. Estúpida y mil veces estúpida, camina adelante o bucea si puedes, aprendiste a nadar alguna vez producto de la crueldad de otros que te lanzaron al agua, ¿ahora qué harás?, ¿nadarás hasta que llegue la muerte o que te coja quieta y absorta viéndola morir a ella, palideciendo más por su dolor que por el tuyo? Este es el momento de hacer algo loable por ti, nadar y darle la espalda o condenarte a morir a su lado. Pero de qué me sirve nadar si el agua ha tapado la casa. Tantas conversaciones fuertes conmigo misma me dejan exhausta.

Base musical: My Life. Iris DeMent

<https://www.youtube.com/watch?v=Pi6XN2JaYg8>

Ella está en descenso, no veo ya la cicatriz de su frente, sus ojos piden auxilio, me observan fijamente e imploran algo que yo no comprendo. ¡Mierda! ¿cuándo me dotó de tanta piedad el mundo? Esto retuerce mis huesos. Sus manos ya no señalan nada, solo mueve un par de dedos y continúa mirándome como si quisiera guardar algo mío en un recóndito lugar de sus ruinas; ella es y ha sido siempre una invasora pero aprendí a quererla así con su injusta presencia y su torpe manera de abrigar. ¿Qué hacer ahora? correr, zambullirme, no logro equiparar lo que siento. Cómo la dejo aquí tirada, ¿tirada? Ambas lo estamos.

Blanchot ve en la obra del logos', inversamente, el ser que lo dice todo, incluso su propio fracaso. Su emblema, el mito de Orfeo, pone en escena ese espacio tiempo catastrófico' que entrega el sujeto pensante a las heridas de la muerte (Poca, 2002, pág. 15).

Me voy, mis ojos quisieran llorar este desamparo. Yo soy ahora las calles y parques recorridos, los amores indispuestos y profusos, las memorias de Adriano en una jaula, la mirada funesta que de niña tuve cuando la guerra posó sus fracturas en mi muñeca de lana y un padre y una madre deambularon el mundo haciendo historias y salvando gente; la piedad la aprendí en las entrañas, la dulzura en la vida, heme aquí dispuesta para el vértigo, para el último suspiro, viendo cerrar tus ojos.

"Para conocer a Clarissa, o para conocer a cualquiera había que buscar a la gente que los completaba; incluso los lugares" (Woolf, 2003, pág. 30). Así versa uno de los apartados de este libro que transita entre nostalgias de un pasado que regresa y se hace carne, calle, ciudad, palabra, y un presente que festeja y cruza las dispersiones inherentes a la terminación de una guerra. La Señora Dalloway de la escritora británica Virginia Woolf, pionera del feminismo, da un giro a la visión de individuo, proponiendo a la mujer como sujeto y centro de la narrativa, desde esta perspectiva se inicia la búsqueda y descripción de las personas que hacen ser a Clarissa la protagonista y sus lugares.

Llegó el momento de empuñar la espada, no para matarte ni herirte ¡no!, soy de carácter fuerte, pero jamás haría algo así, la espada debe ser sepultada para cercar el corazón, hacerlo fuerte y valioso; las guerras han hecho daños incalculables y nos han dejado el corazón regado, cosas superpuestas, ciudades abyectas y destrui-

das, pedacitos de tierra amarilla en los oídos. Esta espada que imagino tener entre mis manos y el poco aire que me queda son un cerco ante la piedad, me ha hecho daño, lo sabes, tu misma eras una incitadora por tender las manos llenas de limosna y hoy estamos las dos con las manos amputadas porque lo dimos todo. Entierro esta espada aquí en mi corazón, imagino que *entra- sangra- entronca y afianza* la dureza que necesito para ser roca a veces y lograr, al menos, hundirme en caída libre: te he dado mi última metáfora, lamento que no alcanzaras a mencionarme la tuya, disculpa que no pueda cerrarte los ojos, no tengo dedos ya.

Nadaré hasta el último minuto del desplome, giraré a la izquierda y a la derecha, me da igual la dirección, aunque creo que para terminar la izquierda estará mejor, más cercana al corazón y al pasillo de las pequeñas cosas queridas, como la cama del gato azul que teníamos. Adiós, te digo con el estómago invadido de dolencias, te quise a mi manera, y quizás tú también me quisiste, me enseñaste del dolor todo, y del amor este instante que acontece con las dos enterradas bajo el mismo torrente, sin jerarquías. ¡Adiós!, te dejo todo, la casa, la sala, los muebles rotos, las cenefas cafés, la mesa de té y el tapete rojo de los perros, quédate con los adjetivos y los predicados, ya no me interesan. Los verbos sí los llevaré conmigo un rato para que me inspiren en medio del terror, para que abrir sea una puerta, dormir sea una cama, abrazar sea un amante, comer sea una cocina, así tal vez en mi subjetividad convaleciente pueda construir de nuevo una casa para el tiempo eterno y, a su vez, finito de la muerte.

Fractales húmedos

*La muerte es un golpeteo que nos asiste a través de señales nunca
descifradas.*

Morirse no es tan grave como culparse.

*Descender al mundo de las sombras es un merecimiento, morirse es
entonces otra oportunidad.*

Prefiero las disonancias que las falsas armonías.

*Años atrás creía en el paraíso, he comprobado la existencia del infierno,
como posibilidad.*

*Quien no haya ido al hades que busque la religión, quien ya ha estado
allí que abrace su hondo espíritu.*

Al morir, los tendones se hacen plástico. Precaución con todo lo que hoy tocas y dañás con la mano.

La casa llena de chécheres, los cajones colmados de ropa, y empelota sucumbimos.

Buscamos el infierno en el rostro ajeno y a menudo nos sorprende bajo nuestra sombra.

El de antes fue un paraíso desaprovechado, el de ahora está perdido. Ni uno ni otro alcanza a restaurar la rasgadura de la que somos hijos.

La muerte es el arte de hacer tartamudear a los sosegados.

Adiós y gracias, has sabido romperme por dentro e ilustrarme sobre los sótanos maliciosos del horror, ambas aceptamos el escaso reto de mirarnos a los ojos aunque fuese rodeadas de aguaceros. Quédate con mi par de tenis negro, toma las joyas feas de mi hermana. ¿Los libros?, ¡son tuyos!, si pudiera haría con ellos una fogata para enardecer esta congoja. También dejaré el andén y el ante jardín, se han borrado las distinciones, las dos devenimos agua en un hogar repleto de trastos; cómete las galletas que encuentres, eso me gustó de ti: tu glotonería socarrona.

Pero en cierta manera, en las calles de Londres, en el vaivén de las cosas, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían el uno en el otro, y ella era parte, estaba segura, de los árboles del hogar; de la casa, pese a ser fea y destartalada; parte de la gente a la que no conocía; formaba como una niebla entre las personas a las que conocía mejor, que la levantaban en sus ramas como ella había visto a los árboles levantar la niebla, pero se extendía incluso más lejos, su vida, ella misma (Woolf, 2003, pág. 17).

Quítate las tetas de silicona, aprovecha que hay frío, no las necesitarás después, el infierno es bastante caliente y te derretirías. ¡Sí! quédate también con las avenidas, el registro civil y mis llantos infantiles, quiero nadar liviana hasta donde exploten mis poros. Me has dolido en los tuétanos, ha sido la relación más maltrecha que he tenido, adiós querida y odiada ciudad, cierra los ojos, descansa que yo también descansaré de ti.

El poeta usa lenguajes que le permitan ir accediendo a un mundo distinto y esto no dentro de la visión utópica y estereotipada del “mejor mundo”, sino en la perspectiva de un mundo que él mismo no hizo, un mundo heredado. Defiende su derecho a destrozarse los léxicos que le anteceden, dudar de ellos y hacerlos carecer de su propia fuerza, para fundar los nuevos, re-descripciones alternativas que, aunque sean la expresión de una acción privada, serán la madeja que la siguiente generación experimentará como su “léxico último”¹ y habrá de desmadejar también.

El ironista (o poeta) cuestiona su léxico último porque sabe que en él han incidido otros léxicos, reconoce que el léxico que actualmente usa no puede ni consolidar ni eliminar sus dudas, no piensa que sus búsquedas se hallen más cerca de la verdad, solo se atreve a enfrentar lo nuevo con lo viejo. Lo opuesto al ironista es el sentido común, quienes residen allí describen todas las cosas importantes únicamente en términos del léxico último y desde ahí juzgan e invalidan los léxicos últimos alternativos; los ironistas en cambio persisten en ampliar sus re-descripciones por eso leen, escriben y re-crean el pensamiento.

En este sentido el ironismo, donde me atrevo a ubicar a quien escribe, desde su apuesta por re-describir el mundo circundante y de crear nuevos léxicos tiene como meta que nuestras posibilidades de ser “buenos” y de evitar la humillación de los otros se expandan por medio de otras re-descripciones que recojan la condición común de todos, la de ser susceptibles de sufrir humillación, esto como vínculo social insoslayable de solidaridad, para fundar poco a poco, no sociedades más justas ni menos liberales, sino sociedades donde la otredad sea parte del yo, donde la condición de flaqueza que somete a uno, se reconozca como la condición de flaqueza que puede llegar a

1 Todos los seres humanos llevan consigo un conjunto de palabras que emplean para justificar sus acciones, sus creencias y sus vidas. Son esas palabras con las cuales formulamos la alabanza de nuestros amigos y el desdén por nuestros enemigos, nuestros proyectos a largo plazo, nuestras dudas más profundas acerca de nosotros mismos, y nuestras esperanzas más elevadas. Son las palabras con las cuales narramos, a veces prospectivamente y a veces retrospectivamente, la historia de nuestra vida. Llamaré a esas palabras el “léxico último” de una persona (Rorty, 1991, pág. 91).

someternos a todos. Por esto el poeta puede ser el gran hacedor del mundo.

Bajo este panorama el escritor tiene en su hacer recóndito, y a veces machacado por la formalidad, el carácter del ironista traza su práctica con las contingencias, lee contextos y avizora caminos, cuestiona los trayectos del sentido común y comprende a menudo esos que como humanidad nos unen, su reto es la creación de nuevos léxicos, tiene en sus manos la vanguardia de la juventud. En su mirar observante y pensante está la clave para re-describir el mundo, para bordar el progreso de lo que sigue, pero antes tiene que atreverse a abandonar los léxicos propios con los que él y la cultura han sido instaurados.

Capítulo 3

****Kintsugi y Soldadura***

Base musical: Ana Tijoux. Sacar La Voz (ft. Jorge Drexler)
<https://www.youtube.com/watch?v=VAayt5BsEWg>

La tarea del escritor es metaforizar el mundo, poetizarlo. Su mirada poética descubre las ocultas relaciones amorosas entre las cosas. La belleza es el acontecimiento de una relación. Le es inherente una temporalidad peculiar. Se sustrae al disfrute inmediato, pues la belleza de una cosa solo se manifiesta más tarde, a la luz de otra cosa, como reminiscencia. Consta de sedimentaciones históricas que fosforecen (Han, 2016, pág. 103).

Kintsugi, arte japonés que consiste en la reparación de la cerámica rota con adhesivo, rociado posteriormente con polvo de oro; la cerámica además de reparada queda más fuerte que la versión original y sus defectos y grietas se acentúan, logrando así una pieza más valorada que la que nunca se ha roto, pues su capacidad de recuperarse es lo que la dota ahora de belleza y valor. Proceso similar es la soldadura, mediante el cual se fijan dos o más piezas de un material semejante, para lo cual a veces se utiliza conjuntamente presión y calor, para producirse se requiere que los materiales estén divididos, separados o agrietados entre sí.

1. Trozo

¿Ha visto usted a esta persona?, ella tiene un lunar característico en la cara, sus manos suelen estar tomadas una de la otra. ¿Bella? sí, es bien bonita y sabia como quien ha tenido que caminar mucho, sus zapatos siempre son los mismos. ¿La reconoce?, ella amaba tomar el sol en el solar del frente, desobedecía las normas y amaba bostezar y frotarse los cachetes rojos. ¡Ah!, no la ha visto, seguramente está escondida por ahí riéndose de mí mientras la busco, toda la vida ha sido buena para jugar al escondite.

2. Trozo

Un zapato rosado roto, la caja de fósforos recién usada y un olor a pasiflora que mamá usa para poder dormir todas las noches. Después del derrumbe aprendimos a coser, yo pude remendar mi propio zapato, papá ya no está pero tenemos el tendido de cuadritos amarillos que algún día compramos juntos en el centro de la ciudad. ¡María, gastaste los fósforos del tabaco de la abuela! Severo problema te ganaste, enuncia mamá.

3. Trozo

Extraviada. No logro recordar algún nombre o dirección, no creo tener casa o morada ¿Alguien me estará buscando? O a lo sumo represento una cifra en el registro civil de la nación, cuántos deambulan como yo estas calles desiertas. Un zapato rosado remendado, ¿quién habrá tejido alguna vez este zapato?, me imagino que alguien que remienda un roto busca en el fondo restaurarse a sí mismo, lo fácil sería botarlo, pero querer que perdure es más un acto de entrega; tal vez ese zapato significa un sueño para un niño, o habrá alguien esperando usarlo otros días más. ¿Cuántos caminos habrá recorrido?, ¿por qué la gente bota un zapato?, es algo así como botar una trayectoria. ¿Y yo qué hago hablando de esto extraviada y sin zapatos?

4. Trozo

¿Ha visto usted a esta persona?, solía tener un par de zapatos rosados, con florecitas blancas, cabello largo oscuro y una estatura mediana. Si la ve dele mi número o dígame que llegue al Café del cuarto de hora, allí tal vez estaré yo esperándola. ¡No lo olvide!, pondré aquí sobre su nevera esta foto por si llega a verla. Gracias.

5. Trozo

La abuela está insoportable, ha perdido su paquete de tabacos favoritos y no halla sosiego. María se burla de ella porque busca como loca su tesoro, pareciera que no es lo único que se ha perdido en esta historia, otras están también olvidadas. ¡Ya voy mamá, espera termino de peinar a Mario!, replica Ana.

6. Trozo

Cuántos como yo andarán perdidos en el mundo, caminando en busca de itinerario cuando ya se han agotado las brújulas. Veo gatos por todas partes que pasan y maúllan a mi lado, como pidiendo comida, la ruina se ha vuelto fiesta, los ratones hacen su festín en las basuras. El sol arrecia contra mis cachetes, debo confesar que me gusta el calor.

7. Trozo

Señor ¿usted ha visto a esta persona?, solía comprar el pan en esta tienda, nadie la ha visto desde entonces. ¿Vende usted bombones de coco?, por favor me da uno, ese sabor me gusta porque me evoca al pueblo y su penumbra. No, no estoy triste, simplemente estoy buscando a esta persona. Es todo.

8. Trozo

Mario es un gato muy travieso, solo se deja peinar de Ana; desordena la casa y mamá lo persigue con una escoba por todas partes. Suele robarse las cosas y las oculta en ciertos refugios solitarios que ha construido, ¡Eureka!, la abuela acaba de encontrar su paquete de tabacos, por fin retornará la paz a esta casa.

9. Trozo

¿Estos ojos le son familiares? Caballero déjeme le pregunto ¿ha visto usted a esta persona?, permítame le cuento, pasaba mucho por aquí con su mochila blanca cargada de sueños y a carcajadas por su pícara personalidad. Ríe mucho, disfruta la vida en todo su esplendor, también es llorona cuando puede y tiene un agudo carácter, ama a los gatos pero les tiene respeto porque sabe que puede ser muy parecida a uno de ellos, la última vez que la vieron estaba en la tienda.

10. Trozo

Ha cambiado mucho la ciudad, no reconozco bien las avenidas, leo las calles en direcciones contrarias, y la atmósfera está fría y con bruma. Mucha basura acumulada en los bordes, demasiada diría yo, mientras los centros de las calles están limpios. Disfruto estar extraviada, anónima, solo con la sed y el hambre natural de estos casos.

He hallado un par de zapatos rotos, me los puse y luzco bien con ellos. Cada uno sabe lucir su mejor día, este para mí es un día excelente, he olvidado la mayor parte de las cosas, sé que estoy aquí en un andén escampándome de la inclemencia del sol, alguien me ha dado un trozo de sándwich mordido y un juguito en cajita con lo cual me siento satisfecha. No me considero miserable, todo lo contrario, estoy profundamente liviana, como quien re-conoce un lugar por segunda vez. Acabo de escuchar que una persona, cualquiera, me ha puesto un nombre, pero no sé si me corresponda, igual lo agradezco, pues bajo la ausencia de identidad concebida todos los nombres me son propios.

11. Trozo

María contó la verdad. Se ha fumado un par de tabacos de la abuela, por eso no duran los fósforos que mamá compra en el mercado. La abuela no se dio por enterada porque para ella solo importaba hallar su paquete de tabacos favoritos, así estuviera incompleto. María sigue en la pieza somnolienta y meditabunda, pasando el efecto duro que tiene el tabaco en una menor de edad principiante, ahora entiende por qué la abuela cuando lo consume es más serena y taciturna. ¡Gloria al cielo porque existe el tabaco!

12. Trozo

Hay gente que camina muy rápido, esa velocidad sobrepasa mi ritmo. Mis zapatos nuevos se me salen un poco pero nada grave para estar anónima en una urbe tan grande. Veo muchos rostros de personas desaparecidas pegados en las paredes como si alguien las buscara. Chicos debajo de las escaleras jugando a las escondidas, gritando como locos cuando los encuentran. Debe ser importante que a uno lo encuentren; me ha gustado jugar al escondite, el único riesgo es que me he quedado escondida mucho tiempo y cuando salgo ya no reconozco a nadie, ni siquiera al juego. Acabo de ver un reloj de iglesia, es la primera vez que veo una hora, no se codifican los números, optaré por pensar que no requiero al tiempo ¿Para qué? si no soy más que un ser puesto en el asfalto sobre el que camina.

13. Trozo

Ana continúa peinando al gato. Mario es un felino hambriento de novedad, a su desconocida edad no sé qué es verlo sereno y desposeído de esa fuerza implacable del hambre y la curiosidad. Mamá lo ha dejado estar en casa solo mientras pasa el golpe de la muerte de papá, pero Ana y María saben que se quedará, hay seres que llegan para quedarse-siendo, así sean un gerundio mal nombrado. A la abuela le importa un carajo el gato, mientras no tome sus tabacos.

14. Trozo

La última vez que la vi tenía un suéter negro, era su color favorito porque le sale con todos los tonos. No era de estar mucho a la moda, sí señora, así como la ve en la foto, pero su espíritu era refinado como un conde, jamás experimentó la falta de estilo en el alma y su condición más alta fue la alegría de estar en las mejores faenas, con la fuerza de un guerrero invencible. No estoy preocupado, solo confundido porque hace algunos días fue a la esquina a comprar pan y no ha regresado.

15. Trozo

Ana está jugando a los fantasmas con una sábana puesta en la cabeza, persigue al gato por toda la casa hasta tropezar con la pared, se hace un tremendo chichón. Mama grita con vehemencia porque su dolor no le deja muchas veces soportar el ruido de la casa, la abuela por su parte pone su cuota de desorden gritando como loca ¡María me has robado los tabacos, eres una imbécil! Mientras tanto el gato sigue arañando los muebles nuevos que papá compro antes de partir.

16. Trozo

Qué raras son las mentiras, piadosas verdades que no pueden enfrentarse por la responsabilidad que conllevan. Acabo de encontrarme a un hombre dormido en un andén de la avenida, de repente se puso de pie y como un maniático gritó que es ¡libre!, brincó en medio de una histeria imparable y me cogió del brazo como quien acompaña a otro perdido a encontrarse, insistió en decir “soy libre”. ¿Cuánta mentira o verdad en ese gesto?, lo importante es que me regaló un pedazo de torta negra que llevaba en una bolsa café; ante la hambruna de recuerdos que traigo, este personaje es un increíble hallazgo, ha mermado su euforia y se volvió a dormir, ahora yo soy su centinela.

17. Trozo

¿Una sombrilla negra?, no creo que estemos hablando de la misma persona, le temía a las sombrillas, nunca he conocido a otra persona con esa fobia, decía que las puntas metálicas podrían ir a dar fácilmente en los ojos y los movimientos repentinos de sus portadores le hacían entrar en un pánico sin precedentes, jamás compraría una, ni siquiera creo que pueda recibirla de regalo, es extraño que este artefacto le representara tanto terror, como si el objeto pudiera cobrar vida propia y el destino de los hombres estuviera cifrado por su torpe cadencia y armatoste, ese miedo debe ser porque en extremo desconfía de las armas. Muchas gracias, señora, seguiré preguntado por ella.

18. Trozo

María se fuma los tabacos, pero Ana es su chivo expiatorio, el único pecado que Ana esconde son las miles de jugarretas y bromas que le hace a Mario, el gato; mamá dice que debemos prepararnos para su partida, que en cuanto pasen los días formales del duelo de papá ella misma llevará a Mario al instituto de protección animal, todas sabemos que eso no sucederá, una vez ha entrado el amor en una casa no hay quien lo ignore, así esté lleno de pelos. Ya van 15 días de la partida de papá y mamá continúa rezando el rosario.

19. Trozo

Hay oficios muy particulares, ahora que veo a este hombre dormir y respirar, en este mundo sin recuerdos, con las manos endulzadas por la torta negra, recuerdo levemente un oficio que conocí cuando era pequeña, tenía un vecino que, no sé dónde vivía solo hasta ahí me llegan imágenes, todos los días en la noche llegaba a embadurnarse las manos de vaselina y no propiamente porque tuviera alergia o resequedad sino porque trabajaba de palmero, tocaba las palmas en una academia de flamenco, ese era su oficio, le pagaban por aplaudir, qué dicha la vida que a todos nos pagaran por batir la alegría y rozar el *animus* de los hombres.

20. Trozo

¡María! es la última vez que te lo digo, vuelves a fumarte los tabacos de la abuela y te llevo directo al internado municipal donde nunca te gustó estudiar. Mamá ya no sabe qué hacer con su jaqueca y su vida, si pudiera nos internaría a todas de una vez,

incluyendo a la abuela. En este caso, Mario correría con una peor suerte que la que tenía antes de estar merodeando la basura de la casa el día que lo encontramos. Habrá que esperar a que mamá se despeje. ¡Ana! recoge el desorden que dejaste en la sala, cuento hasta tres y no hay tregua. 1, 2, 3... Ana sigue tendida en el sofá haciéndole una trenza a la muñeca de trapo. ¡*Splash!*, palmada en la espalda, tres más consecutivas.

21. Trozo

Están rezando el rosario, mamá insiste en que sean 500 veces por día, aunque se queda dormida cuando apenas vamos en las primeras siete decenas. María ha desarrollado una técnica muy graciosa para hacer menos denso este momento de obligación moral, consiste en empezar a rezar durísimo como quien entona por vez primera el himno de la alegría y su único propósito es despertar a mamá quien rebota del susto, retomando su contada. La abuela por su parte ha dejado de ser católica, según mi tía Carlotta la abuela está loca porque se ha declarado harta de la religión. Yo en cambio, creo que la abuela que es de las pocas cuerdas que quedan.

Preferiría ser un gato tirado en un zapato de cuero maloliente que tener las nalgas planchas de estar sentada rezando y aún nos faltan cuatro contadas más, detesto este maldito sillón. Qué rico sería que mamá se durmiera del todo y que María reprimiera el deseo de asustarla cada centena que se duerme, estoy echada a perder.

22. Trozo

Hay avisos en todas las paredes de esta ciudad. Anoche pude despedirme del vagabundo a quien cuidé el sueño por dos horas. Al despertar me contó que estuvo en la cárcel muchos años por dedicarse a falsificar fórmulas químicas que reemplazarían gaseosas y productos de primera categoría en el mercado, sus conocimientos químicos hicieron tambalear industrias de imperios como este. Esa historia me pareció fascinante, me dijo que hoy lo volviera a buscar en ese mismo andén y me regaló un pedazo de pollo que tenía en el bolsillo, estaba delicioso.

Perdón ¿Cómo así que me corra señor? ¿Acaso no soy libre de andar por donde quiera? Absurdo que estando uno perdido lo desplacen de un sitio en el que no tuvo tiempo de echar raíces porque ni siquiera le evoca algo.

23. Trozo

No le gusta el jamón, los embutidos suelen darle dolor de cabeza, difícilmente recibe sobras, tiene mínimos escrúpulos, pero sabe que quien muerde una vez un pan ya

marcó el bocado de cualquier hombre sucesivo; sí cree mucho en los agujeros. ¿Segura de que la vio entrar a esa casa hace algunos días?, pero ¿cuál casa?, allá no veo más que ruinas de lo que fue tal vez una casa, no sé si alguien de su familia pudiera vivir antes allí.

24. Trozo

Viene de visita la tía Carlota, lo único atractivo de tal acontecimiento es que puede lograr que mamá rebaje la cuota de rosarios diarios, nada más por guardar apariencias y no demostrar todos los delirios que nos habitan. Parece que la tía es alérgica a los gatos y mamá nos ha dado un ultimátum: cuatro horas para buscarle un mejor destino a Mario o se verá en la “necesidad” de regalarlo al instituto.

25. Trozo

Esta ciudad no es como la que recuerdo, en el fondo no recuerdo ninguna ciudad. El señor insiste en que me retire de la zona por control del espacio público, iré a caminar por la avenida para ver si hallo de nuevo a Pascal, el hombre que soñaba con que era libre. Quizás él tenga un lugar en su andén para mí y así no tengo que padecer tan de cerca a estos controladores de espacio y aire. Los zapatos me están apretando fuertemente el tobillo, casi sangro, el sueño me vence, no sé si alcance a llegar.

26. Trozo

¡Sí!, ella también sonríe así, aunque es posible que la confunda con su hermana, a ambas se le hacen los huequitos en las mejillas. Trabaja mucho, es incansable en lo que hace y sus zapatos favoritos son los tenis. Yo creo que difícilmente sabe caminar en puntas altas, su altivez natural no le exigiría usar tacones. Deme por favor un pan de leche y un café para pasar esta tarde lluviosa de indagación y preguntas silenciosas en los semáforos de la ciudad.

27. Trozo

Los semáforos son los ojos de dios en una ciudad, ¿has visto cómo cuidan a la gente? Creo que creo en dios, al menos en uno que nos quiere, es lo que siento en mi íntimo rastro de memoria. He hallado en el basurero del lado un par de tacones grises, son mi talla, entrenaré mi caminar para poder usarlos.

Oiga usted ¿podría decirme la hora por favor, cuál es el nombre de esta calle o si ha visto mi rostro alguna vez? Gracias, señora, ha sido usted muy amable al regalarme este pedazo de carne; todos me dan comida pero nadie me nombra. Hallaré una vitrina de almacén para verme en el espejo, así tendré una breve noción de quién soy.

28. Trozo

La abuela siente que mamá necesita ayuda, le ofrece todo el día sus tabacos como un remedio ineludible recomendado por chamanes, brujos y homeópatas, pero mamá se resiste a todo: a fumar, a querer a hablar, solo reza y habla de vez en cuando con la tía Carlotte, que no tuvo más opción que adaptarse al gato Mario, algunas veces es sorprendido en el cajón de la ropa de donde es echado casi a escopetazos.

29. Trozo

¿Cómo vine a dar a esta pocilga? Mi querida hermana nunca pudo con la crianza de sus hijas y mamá cada vez más desequilibrada, su última chifladura es la afirmación de que Cristo ha muerto y que necesita que lo dejen en paz. Ese gato asqueroso merodea todo, lame cada lugar de esta casa y mis sobrinas comelonas y desentendidas no marcan ni siquiera el ritmo para barrer, las he visto cómo ocultan el polvo debajo de las camas y muebles para evitar la fatiga, pobre hermana mía, de seguir así va a enfermarse; cuando pequeñas fuimos puestas a merced de nuestra abuela mientras mamá y papá trabajaron duro en la fábrica y conseguimos ser excelentes damas.

30. Trozo

Si logro recordar quién soy haré una apuesta para ver si me parezco a algo de lo que he imaginado ser. Los tacones grises me quedaron perfectos y Pascal, mi nuevo compañero de avenida, insiste en que tengo porte de reina, que pude haberme extraviado de alguna pasarela. Acabo de probármelos, voy de un extremo a otro del callejón mientras Pascal aplaude y silba.

Tenemos un nuevo integrante de grupo, Pascal lo ha nombrado Cruzó, es un perro café, pequeño y bastante peludo, igual de perdido que nosotros, lo cuidaremos bien, ya hemos vivido varios días en este basurero, todo lo que llegue adicional es celebración.

31. Trozo

Acabo de ver el edificio más alto del mundo, por lo menos de este mundo que recorro sin rumbo. Pascal me ha dicho que no sabe mucho de su historia pero que allí funciona una de las bolsas de dinero más prestantes de la zona. Me da lo mismo hoy entender la riqueza en plata, me hace feliz conseguir el alimento diario y conversar con Pascal largas horas, haciendo que sus memorias quepan en mí como recuerdos, quizás algún día sepamos quién soy yo y yo sepa mucho más de él.

Hoy fue ardua la ruta, Pascal me llevó a un lugar atiborrado de escombros donde al parecer hubo una fuerte inundación días atrás; recogimos diversos objetos, entre ellos un par de zapatos amarillos que sumaré a mi colección de calzados gastados, un rosario con sus respectivas sargas de cuentas que alguien olvidó poner a salvo en aquella catástrofe. No recuerdo cómo rezar, aun así quiero lucirlo, pero Pascal piensa que es ridículo ponerse un rosario en la nuca si de entrada no entiendo lo que profesa, aunque esta es precisamente una de las bondades de no recordar nada, que todo puede ser y estar en lugares no imaginados.

32. Trozo

Mario se hizo popó en la pieza de la tía Carlote, angustia y gritos de horror han llovido en la casa, mamá sabe que su hermana es bastante intolerante y que sus hijas desobedecen casi todas las directrices, pero la abuela, esa sí que tiene clara su condición animalesca en el mundo, está como una araña buscando los tabacos, diariamente tiene un récord de pérdida entre 2 y 3, vaya uno a saber cuánto de cierto es. Ana está juiciosa recogiendo las heces del gato, consciente de que esta mala conducta redundará en echarlo a patadas de la casa, mientras tanto María ríe a carcajadas en el sofá de la sala observando el espectáculo bochornoso que sucede: la tía histérica olfateándose toda, eliminando cualquier peligro de contaminación felina, esparciendo sus asquerosas esencias por todas partes como quien hace un exorcismo; la abuela quita y pone los cojines de la sala, abrigando la esperanza de que por una sola vez en la semana no desaparezcan sus tabacos, a veces creo que lo hace solo para que mamá compre más.

33. Trozo

Está enfermo Cruzó, tiene vómito, Pascal dice que es bastante consentido, que a un perro de la calle no tendría por qué caerle mal algo que come, si es que el mundo se reduce para un perro de la calle a un bocado, debe vernos a todos como un trozo jugoso de carne roja. Creo que le cayó mal un pedazo de torta blanca con cerezas que ayer le dimos en la cena.

Hoy Pascal me regaló un vestido, es un enterizo azul que cumple con todos los requisitos de mi talla, dijo que lo encontró en la basura de un edificio que él acostumbra visitar porque allí vive una mujer a la que hace muchos años amó, ahora es una escritora reconocida, y como la conoce tanto reconoce el prestigio de la basura que produce, por ejemplo bota muy enteras las patatas, los trozos de verduras, el pan sin hongos, y cosas así que con experticia voy aprendiendo. Me ha dicho que me llevará la próxima semana a conocer ese edificio y quizás a la mujer, y que es posible que hallemos algo más de ropa y de zapatos.

34. Trozo

¡Salud! está rico el ron. Cuánta factura en su sabor y fresca en mi paladar. ¿A ella?, también le gustaba beber, especialmente licores secos como el tequila; verla emborracharse era una magia, primero un trago y luego una carcajada, después otro trago y ya estaba bailando al sonsonete que tocaran, descalza y sin aretes, para sentirse más libre. Tenía una relación particular con los zapatos, preferiría haber nacido en una selva descalza y expuesta eternamente a la tierra, detestaba buscar zapatos para comprar, por eso cuando veía un ejemplar que le gustaba pedía tres pares de los mismos. ¿Su risa? muy particular, lo saben quienes la conocieron, ríe como niña con cierto tono de disfonía. Tomémonos otro antes de irme. ¿Hasta cuándo la voy a buscar?, no sé, supongo que todos tenemos límites, quizás aparezca cuando ni siquiera la recuerde ya.

35. Trozo

Mamá tomó la decisión de echar a Mario de la casa, Ana está aferrada al peludo y advierte que ella se tendrá que ir también, María conoce los privilegios que tendría al desaparecer Ana, ya que el cuarto de esta, con mejor ubicación, pasaría a manos suyas, así que apoya la idea de que mamá los eche a ambos a la calle. La testaruda tía Carlote insiste en quedarse más días condicionando a todos al sellado de la puerta de su cuarto y a ingerir diariamente tres antihistamínicos; la abuela reitera su sonsonete de que alguien le roba y mi mamá carga con el mundo a cuestas y su dolor. Si estuviera papá esto sería distinto, no dudo que por ejemplo el gato podría quedarse y nos libráramos de la visita de Carlote.

36. Trozo

Hoy he visto por fuera un museo, algo de allí me trajo imágenes del pasado, tal vez un chimpancé fosilizado o quién sabe qué siento que me es cercano, finalmente uno

está hermanado con las cosas que más desconoce. Pascal me confesó que cuando era joven trabajó como mago en grandes espectáculos, su profundo conocimiento alquimista lo llevó a desarrollar *shows* para crear ilusiones ópticas.

37. Trozo

Ana pasó la noche en el patio del frente, agazapada con el gato en brazos, esperando la salida de la tía Carlotte, lo cual representaría el fin de su fuga. Mamá se ha hecho la fuerte dándole tiempo a Ana para que se canse y abandone de una vez por todas al felino, pero primero se muere la abuela y aparecen todos los tabacos completos antes de que Ana abandone al animal. María sigue echada en el sofá riendo de todos como si la vida importara un pepino, lo que es cierto es el alto contenido que tiene para divertirse en esta casa; la tía Carlotte se está pintando las uñas porque esta noche saldrá con un pretendiente ¡válgame dios! Ojalá no volviera, si dios existe que nos oiga.

38. Trozo

¡Jaqueca!, las búsquedas dejan estragos. De diez días de indagación ninguno he regresado sobrio, esta ciudad empalagosa y borracha sabe dar calor con el licor, no es del todo malo si en cada sorbo se funde un abrazo para los que seguimos preguntando. Hasta ahora nadie la ha visto, únicamente hay indicios de inundaciones, catástrofes y un sinnúmero de cuentos ilusorios que la gente aprovecha para inventar cuando alguien desaparece, las personas sacan adelante sus imaginarios guardados, podría uno hacer un libro con las hipótesis y posibles alternativas sobre un perdido, lo interesante es que son historias sin desenlaces, nudos, solo nudos que se tensionan y aflojan, se expanden y embrollan.

39. Trozo

Aún no hay desayuno, la faena está dura hoy, Pascal está enfermo, Cruzó y yo buscamos qué comer. Una señora pasó por mi lado y mencionó un nombre, algo así como Ema, no sé qué quiso decirme, pero me miró conmovida como quien ve con piedad un fantasma, me echó a los pies estos dos billetes verdes y salió a correr. Todo el dinero lo gasté comprando medicinas para Pascal. ¿Ema?, ¿será mi nombre?, bueno no tengo cómo saberlo, por lo pronto seguiré hurgando en la basura el desayuno.

40. Trozo

Valora las riquezas de las calles, dice que aun con mucho dinero en el bolsillo encuentra la belleza en la vasijas rotas y zaguanes olvidados, y no tiene nada que ver con la mendicidad, ni con el ser víctima de agravios; los indigentes de espíritu suelen endilgar a lo sencillo etiquetas muy devastadoras como pobre y feo. Su fortuna está en hallar en lo que sucede algo que importa, en consecuencia cuando algo importa la belleza acontece, puede ser el mero hecho de ver a una rana saltar sobre las sillas del parque, o un ave paseadora entre los jardines, o un bolso roto que alguien tiró al cual se le pueden recrear miles de historias como a un desaparecido; su ímpetu está en el nudo de las cosas y en idear qué hacer con ellas para que sucedan. ¿Por qué hablo en presente?, porque está viva, no oyes todas las palabras tuyas que acabo de traer.

41. Trozo

Dos días lleva Ana escondida con el gato en el patio del frente, María no se ha aguantado y le ha proporcionado algunos medios para que pueda tener una estadía cómoda: cobija, almohada, colchoneta. Mamá insiste en la templanza pero por la noche manda a María con un plato de comida para Ana y un tris más para el gato. La tía Carlote sigue entretenida en sus aventuras con el pretendiente pero nada que se larga, hasta la abuela en su despiste le ha sugerido tomarse unas vacaciones porque se siente hostigada con una hija que solo viene a estorbar, total para la abuela la felicidad inicia y termina con sus tabacos y en su nueva fascinación: las películas de vaqueros, toda una novedad.

Mamá reza a solas el rosario a las 6:00 p. m. todos los días, María se reveló y ya no la acompaña, la abuela insiste en implorar que dejen en paz a Cristo y la tía está preocupada porque el último esmalte perlado que compró no da los visos prometidos.

42. Trozo

Pascal se ha repuesto. Hoy iremos al edificio de la mujer que amó, donde además me asegura encontraremos fascinantes elementos para la supervivencia, ha ido tantas veces que Cruzó recuerda el camino como si fuese la paloma mensajera de un amor negado.

¡Hemos llegado! Es un edificio viejo, grisáceo, no muy alto, con ventanales grandes que dan a un parque lleno de flores, debe verse muy bonito desde arriba. Pascal dice que ella vive en el sexto piso y que la ventana de su cuarto va directo a

la fuente de aquel parque, prefiere no dar más detalles de ese amor, porque lo ha dejado escurrido.

43. Trozo

No existe casa dónde buscarla, solo un monumento a la risa donde le gustaba ir a comer crispetas de mantequilla. Pasaba horas enteras contemplando la escultura y añorando reír hasta viejita, tomaba una foto, se mofaba de que su risa se pareciera a aquella mueca de metal y montaba su bicicleta directo a la biblioteca, yo acompañaba con paciencia sus recorridos. La biblioteca también era su lugar favorito, es difícil de describir porque todos los días tenía un color, una casa, un bosque, una persona y un oficio favorito, pensaba por ejemplo en la labor de las mujeres que trabajan en la plaza de mercado a quienes les pagan por llorar, lo único terrible es que lo hacen pelando cebollas, y ese nunca fue su alimento preferido.

¿Que si la amo?, no lo sé, tal vez la busco.

44. Trozo

¡Temo a los ratones!, lo recordé hoy cuando buscábamos pan en la basura del edificio donde vive la mujer que amó Pascal, una horda de roedores nos sorprendió y entré en pánico, todavía no logro reponerme, tengo esa extraña sensación de que esas criaturas asquerosas recorren mi cuerpo y lo devoran a pedacitos. Qué particular es saber algo nuevo de uno a través de un miedo. Cruzó salió a mi amparo persiguiendo a los salvajes anfitriones, y Pascal ni por enterado porque estaba embelesado mirando con ardor aquel ventanal del piso seis que mira a la fuente del parque.

45. Trozo

Después de tres días de ausencia, la abuela preguntó por Ana, dice no haberla visto desde el siglo anterior y juzga que ha escapado por la culpa, huyó como los cobardes luego de robar sus tabacos.

¡Han debido cerrar bien la puerta!, la abuela se fue a buscar a Ana, la tráfuga. Mamá apenas se entera y acaba de indicar a María que traiga a Ana de regreso, con el gato si toca, para que coopere con la búsqueda de la abuela. ¡Mario se salió con la suya! una vez más en casa, así sea como consecuencia de una calamidad mayor, ojalá no haga de las suyas en el cuarto de la conchuda tía Carlotte.

46. Trozo

La última vez que la vi tenía puesta una balaca roja y llevaba consigo la mochila café que le regalé en el cumpleaños, un jean desgastado en las rodillas y una camiseta blanca, su carácter y forma de vestir se parecen, es clásica en todo el sentido de la palabra. Un anillo en el dedo anular de la mano izquierda, y se pinta las uñas cuando le sobra tiempo, la distingue por el lunar que tiene al lado de la nariz en el lado izquierdo de la cara. Dejaré esta foto sobre la bandeja de frutas, si la ve o ella pregunta, díglele que nos vemos en el café del Cuarto de Hora. ¡Gracias por la mandarina!

47. Trozo

Anochece, ni un solo rastro de la abuela, mamá no sabe cuál dolor atender: la pérdida de su esposo o el extravío de su madre. ¡Apocalíptico!, el vacío en casa es enorme, no hay ruido en ningún rincón, la televisión está apagada, María llora desconsolada en el sofá con los pies hinchados de caminar todo el día en busca de la abuela, y la tía Charlotte sufre, olvidó incluso su cita en la peluquería. Hemos dejado fotografías de la abuela por todas las tiendas y almacenes cercanos, descansaremos un poco para emprender de nuevo la pesquisa; Mario, es realmente el vencedor de esta historia, mamá no se ha enterado de lo cómodo que duerme sobre su sillón de mimbre.

48. Trozo

Pascal me pregunta si quiero ir al centro cívico, allá podrían darme pistas de mis antecedentes, insiste en que debo pertenecer a una “buena” familia, es más, que mi clase social se nota a leguas en la manera como me expreso. No comprendo muy bien lo que dice, no tengo claro si deseo que otros indaguen datos míos, me habitúo a la vida que hoy tengo, y sus regalos, la falta de memoria me concede la experiencia de un presente poético: la calle es la escritura de un libro y Pascal, Cruzó y yo los personajes centrales, ahí va la historia, en lo que nos pasa cada día, sin pretensiones de que finalice o se resuelva, las resoluciones son bastantes totalitarias, todo el mundo vive resolviendo cosas.

49. Trozo

¿La ha visto usted?, le imploro que me dé información, lleva consigo un paquete de tabacos habaneros, fuma todo el tiempo, su vestido es verde, verde esmeralda y su

voz ronca y dulce. Juguetea todo el día y jura que Cristo ha muerto, cree poco en los fantasmas porque sabe que ella es uno de esos. Si la ve por favor dígale que su hija la busca.

Nada de pistas, solo gente que la vio pasar por el parque del sector con un tabaco encendido y gritando el nombre de ¡Ana! La tráfuga. Carlota propone averiguar en el hospital mental, tal vez se encuentre allí por sus delirios.

50. Trozo

He sido bueno preguntando, a veces me agotan tantas interrogaciones, con frecuencia la vida me pone en apuros, primero mi canario, luego mi padre y ahora ella, parece que mi trabajo es buscar, la filosofía de la vida es en sí la indagación, no me negaré entonces a ese destino. ¿La ha visto usted o ha tenido noticias suyas?, sí, también, puede ser que esté fugada en la montaña, descansando. Sí, he regado más de 200 carteles con su nombre, en algunos incluso he puesto uno de sus poemas, a veces uno mismo no sabe que lo buscan, pero al leer sus palabras, recuerda quién es.

¿Por qué a uno solo lo buscan con una foto y no con un poema, o una pintura favorita? ¿Te imaginas las paredes de lo que estarían llenas? Serían obras de arte, galerías sin rostro. ¡Buena idea, la buscaré con trozos de lo que es!

51. Trozo

Abuelas, niños, hombres y mujeres perdidos, ¿por qué tanta gente se pierde? Acabo de ver el rostro de una mujer adulta a quien buscan; sobre el cartel ponen un número telefónico, no la he visto pero me encantaría llamar y preguntar: ¿quién es?, ¿qué saben?, ¿cuáles son sus intuiciones?, conversar un rato, entre una perdida y una familia que busca a un perdido, podría salir un diálogo interesante.

52. Trozo

Esa idea de buscarla a través de sus trozos me ha gustado. El barrio está repleto de escritos, si todos buscáramos a nuestros desaparecidos con pedazos de memoria encapsulados en sus creaciones, los reivindicaríamos, qué bello sería buscar a un Juan con la película “El amanecer de un sueño” o a una María Eugenia con “Las estaciones de la vida” o a un Federico con una canción de Pink Floyd. Es tarde ya, voy a dormir.

53. Trozo

Nada sabemos de la abuela, yo creo que debe estar por ahí riendo en un andén, desamparada, libre del horror de la familia, a salvo. La tía Carlotte lleva dos días sin pintarse la uñas o maquillarse la cara, su mirada renuente a todo se estalla contra los recuerdos, siente que todo está perdido. Suena el teléfono.

54. Trozo

Cruzó y yo encontramos una bolsa de papel sellada, con código postal de otra ciudad y cuyo remitente se nombra Cecilia Albarán. Nunca había sentido tanta curiosidad por abrir un sobre privado, aunque este ya no lo es, pues la basura y los desperdicios son lo más público y común que tenemos. Abriré el sobre cuando esté con Pascal.

55. Trozo

El sobre contiene cartas, esquelas y postales de amor firmadas por un hombre, su amada le devolvió el cúmulo de regalos hechos, a eso se reduce el amor: un sobre sellado. He leído en voz alta todas las cartas a Pascal, mencionan lugares de esta ciudad y de la ciudad remitente, cafés, librerías, calles, galerías, jardines. Pascal en medio de la somnolencia que le ha producido la lectura advierte que el amor es un conjunto de lugares que al final uno destroza, trozos de ciudad que se pierden cuando uno se enamora; te imaginas por ejemplo para ese hombre volver a ese café o para ella recorrer esos parques, no será lo mismo, algo de ellos también se ha extraviado ya. Más adelante, cuando estén tan viejos como yo, dice Pascal, lo recuperan, por ahora solo lo padecen.

56. Trozo

La vecina dice que escucha carcajadas de la abuela cerca de la casa de don Otto, mamá ha echado a correr como una gacela tras ese dato; Mario está cada vez más cercano a la deprimida tía Carlotte, quien lo abraza y lo acicala en señal de abandono. Ojalá la abuela se demore un poco en asomar, parece que su huida trajo algo de paz y tranquilidad para todos. Ana se encarga de los quehaceres de la casa, desde que la abuela se fue y el gato puede estar tranquilo en el hogar ella ha recuperado la alegría; María por su parte sigue sin consuelo y decidió ver todas las películas de vaqueros que otrora maldecía.

57. Trozo

No conocía sus palabras predilectas, uno cree saber todo de los otros hasta que los lee, en eso tan intrínseco como la escritura hay más huellas digitales que en las propias manos. Su fisonomía se ha transformado en versos y poesías, su mirada directa y beligerante se traduce ya en las canciones predilectas, y los objetos sagrados que la describen: la bicicleta, la mochila, su balaca y la pulsera de hilos dorados en la mano izquierda.

Doña Filomena, la de la tienda, dice que parezco más un artista que un hombre buscando a una mujer, qué ocurrencias las mías, juzga, buscar a alguien con segmentos de escritura. Ella perdió un hijo en la guerra, le he preguntado por él y por sus pasiones, me dijo que le gustaba forjar metal, en eso era bueno, pero que de su hijo no tendría más para decir, solo eso, cuando averiguo por las cosas que amaba, agacha la mirada, y expresa que hay cuestiones de las que no vale la pena hablar, me desvía el tema preguntando ¿va a llevar pan de maíz hoy?

58. Trozo

Conocí uno de los cafés que los amantes nombraron en su correspondencia, pude ver desde afuera las sillas y butacas de madera café oscura, tres mesas cuadradas, una biblioteca grande en la pared del fondo y un baño pequeño. Es bastante acogedor, con razón cruzaron allí sus primeros deseos; todos dialogan bajo el aroma del café, hablan despacio, pausado y en cercanía, estas parejas aun no comprenden lo que dijo Pascal, el destrozo que devendrá luego de este lugar y sus pasiones erigidas.

59. Trozo

Apareció. Está sentada, riendo a carcajadas fumando tabaco con un señor de su edad a quien los hijos nunca visitan. Tiene puesto el mismo vestido verde, un paquete de tabacos disminuido, se ve feliz y altiva, vociferando que sus hijas son las más pendejas de la tierra y que su nieta Ana es una ladrona; el hombre que la acompaña la mira con dulzura como quien halló en un alma vieja y desatinada una amistad perdurable. No quiere regresar a casa, dice que prefiere vivir en un andén de mala muerte antes que retornar a esa guarida de locas, no quiere rezar una vez más en su vida y que esa hija suya que se llama Carlote bien haría en irse de una vez al manicomio. Pide a gritos que la dejen en paz, como a Cristo.

60. Trozo

Desde que publico cada día trozos de creaciones, el dolor ha cesado, disfruto caminar y recorrer las calles leyéndola y viéndola, cantándola, imaginando sus caras y palabras favoritas ante ciertas melodías. ¿Que si la amo?, sí, creo que ahora puedo hacerlo, antes era imposible con un padecimiento a cuestas personificando en un cuerpo fútil el amor y la tragedia. La amo porque la veo en lo que ama, mi búsqueda ya no es la de un desaparecido, sino el encuentro mismo con su existencia. ¡Gracias!, mañana vuelvo por los champiñones.

61. Trozo

Me divierto visitando los lugares que encuentro tirados en la basura. Qué particular es hallar un lugar en la basura y luego ir a conocerlo, cartas de amor, sobres sellados o rumiados por los ratones, facturas por pagar y mensajes escritos en papeles de colores son mis hallazgos favoritos. Pascal se ríe de mí porque dice que si esto me diera para comer cenaríamos caviar. Ha sido hermoso dedicar esta vida a algo, a husmear entre las letras de los otros mis propios encuentros, leo un lugar que me causa curiosidad y voy a buscarlo, lo conozco y recreo allí a quien escribió el texto, tengo varios personajes ya: Cecilia Albarán fue la primera, Roberto Hidalgo el segundo, Blanca Batista la tercera y unos cuantos anónimos que intercambian correspondencia sin nombre propio, porque seguro son amores perjuros, imposibles de sacar a la luz; yo los hago públicos en la basura y en el reconocimiento que luego hago de ellos.

Me he encontrado en las cartas y correspondencias de los otros, soy un sobre abierto al cual le llegan cartas todos los días, aventuras asombrosas por vivir.

62. Trozo

La tía Carlote no soporta más el desprecio de la abuela, dice que la trata como si ella fuese un animal, se marchará hoy en la tarde. No podemos expresarlo abiertamente, pero todas estamos contentas, Mario también, aunque estos dos animales han empezado a reconciliarse: el gato y Carlote. Buenos vientos tía, regresa cuando hayas perdido algo de verdad, y no me refiero a una de tantas promociones comerciales por las que gimes como un asno cuando ves la fecha correr, vuelve cuando te hayas salido del molde. Son las seis en punto, mamá no rezará más el rosario, donde quiera que papá esté, lo agradecerá.

Unidades de búsqueda

Hemos perdido algo. Somos un despiste en busca de razón, un fractal, un fotograma, minúsculas unidades de sentido; vivimos removiendo en el desamparo partículas de amores, despojos, contradicciones y alegorías.

Tus ojos

*El amor ve más allá de la humareda,
coge de gancho a su enemigo,
muere de celos entre altares,
Y se regala al soplo del desierto.*

*Con un Sí siniestro cierra el sol,
Llega la noche oscura y eterna,
En una misma cama duermen hoy,
Quien regala el amor y la ceguera.*

Olvido

*Veo tu rostro brillar en el estante,
Checoslovaquia aguda y siniestra
Esa parca gris con su arrebató
Llega por ti al andén de la noche.*

*40 años de silencios sin misterio,
Tantas noches y la muerte aún despierta,
Una luna de miel sin endulzante,
Y tu vida fija, ahí, en aquel portarretrato de madera.*

Extraños

*Ruge un hombre, es el mar
Ruge el viento, es el mar,
Ríe a carcajadas la luna
Descubro dónde estoy.*

*¡Frena ya el rugido la vida!
Palabras vagas rondan mi cabeza:
Los amores lejanos son extraños,
Fetichismo absurdo de lo que uno anhela.*

Alegría imprevista

*Un soplo en el corazón, la taquicardia,
El apetito voraz al desayuno,
Una luna de miel llena de polvos,
Dos taburetes nuevos por sacudir.*

Luciérnagas

*Larga es la espera de quien ama, inferno un minuto en su camino
Recorre con trapo el hervor de la tragedia,
Y el entrecejo abriga una esperanza.*

*Llega pues amado mío,
Te espero en la butaca de la esquina,
Prepararé café mientras regresas,
Y lavaré mis blancos dientes.*

*Es tarde,
El colibrí anuncia tu partida,
Hacia la flor eterna del descanso
Ve pues amor con tus encantos,
Mientras acaricio con mis ojos las luciérnagas.*

Un mar ya visto

*Veo la muerte danzar entre mis manos
Melodías fúnebres me acompañan,
Aunque de vísceras vivo rodeado
Jamás el mar había sido mío.*

*Danzo entre las caracolas,
Abrazo de nuevo la batalla,
Madrugo a izar bandera en mi altar funesto del oficio,
¿Y el amor qué?, otros preguntan,
Tonta duda para quien la muerte significa poco.*

Almendro en jaula

*Hambriento de albor en este templo,
Un desgastado colchón entre las carnes
La sed de un cuerpo olor a almendro.
Y el deseo que me cierra la puerta en las narices.*

Miel

*Un fuego distinto quema hoy tu cuerpo,
Llamarada insolente, inevitable miseria.
¿Quién podrá ahora devolverme tus entrañas?*

*Me has dejado sola con una verdad a cuestas,
¡Basta ya! Le grito a este, loco insolente de amor por mí,
No entiende que es contigo, con quien he elegido mi condena.*

Menguante

*Quando en este cuerpo no reside la memoria,
Rudas palabras colman mi boca,
Grito penetrante, te recuerdo.
Maldigo el día en que dejé de tener noticias propias.*

*Recuerdo la bruma, tus nalgas sobre la ventana,
El intento de fuga de tus ansias,
¡Hermoso seas, maldito!
Te recuerdo incluso cuando ya no sé cómo me llamo.*

Ramo

*Al amor lo antecede lo imposible,
Explota cuando se acumulan los motivos,
Renace cuando no está, o nunca ha sido,
Sucede cuando el ramo en la puerta de la casa lo ha dejado un difunto.*

Flor de azalea

*El ser más bello del mundo existe gracias al amor,
Coleccionamos certezas y genialidades,
Rubíes hechos de cuerpos;
Llega la danza y se hace fiesta.
Luego,
Termina la fiesta,
La música cesa y el rataplán del tambor no se oye más.*

Otras fiestas

*Jugarretas antiguas, tierra amarilla en los dedos,
Dos o tres cajas de bombones y milésimas de segundo a carcajadas
Llegó la tragedia, hubo bombones
Llegó el melodrama, también un bombón,
Se endulzaba el drama así sin aspavientos,
Y hoy tenemos la sensación aguda de habernos sobrevivido.*

Perséfone

*Mis pies pesan como rocas,
Mis dones, viejas historias son,
Mi fuerza emerge por instantes
Cual pájaro pidiendo auxilio.*

*Perséfone está aquí,
Baja al hades y enciende un cigarrillo,
Quiere provocar el incendio.
Juzga para sí con gran violencia, reconoce que el apego es su destino,
Respira, respira, halla en eso un nuevo arte.*

Cuervos

*¡Silencio amor!
Oigo un graznido de cuervo,
Premonición sorda.*

*Todo es fatal e irreversible.
¿Dónde estás? ¿Queda algo de ti y tu cepillo de dientes?
¡Silencio!
La cerradura de la puerta ha hecho ¡clock!... Estoy sola.*

Flores

*Han cerrado ya la sepultura,
Tierra intacta mientras el dolor pasa.
Rosas marchitas en la pieza,
Está frío este lado de la cama.*

*El sol ha salido,
Caen con rudeza las persianas.*

Guerra

*Una guerra agitada
Rostros mueren,
Las manos se extienden por entre ventanas
Un par de ojos que miran y recaen,
Los desgarros infames de una historia sin autor.*

Media noche

*Un matrimonio en ruinas, dos cobijas,
Una guerra sin cuartel abastecida,
En el cuarto del lado tres gemidos.
¡Macabro silencio!
La verdad a medias toma vino,
Disparate para aquel que ha querido.*

Recodos del río

*Una risa que camina entre avenidas,
Rara euforia de la vida incandescente,
Orfandad de feo y de belleza
Conjunción de amores inocentes.*

Sorpresa

*Cuánto sabe el cielo de irrespetos,
Si los amores son carne inminente,
Pletóricos en pasiones son aquellos
Que se atreven a morir.*

*No es cierto que la luz de tus ojos enciende mi alma,
Hondas vías marchan en mi espíritu,
Cursi es hablar del alma hermosa,
Ante un irresistible mar de encantos.*

Sin ruta

*Entre códigos de amor,
Incomprensiones tantas,
Absurdo es el arte de amar bien,
Cuánta ilusión calla la palabra, ante el deseo del paraíso.*

*Suave y lento, ambos ritmos,
Descubre en su paraje remoto la dureza,
De quien amando sostiene un breve lienzo,
Y haciendo el amor, hace violencia.*

Referencias

- Alonso, M. G. (sep./dic. de 2014). Los territorios de los otros: memoria y heterotopía. *Cuicuilco*, vol.21(no.61), 1. Recuperado el 10 de noviembre de 2017, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592014000300015
- Auster, P. (2006). *El país de las últimas cosas*. Anagrama.
- Camus, A. (1983). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial, S. A.
- Foucault, M. (7 y 21 de diciembre de 1966). Topologías. Francia- Culture.
- Foucault, M. (1976). *Las palabras y las cosas*. París: Siglo XXI editores S.A .
- Han, B. C. (2016). *La salvación de lo bello*. Barcelona: Herder.
- Hoya, A. F. (2010). La estética del tránsito. Visión Literaria del Infierno en la Odissea y el poema de Gilgamesh. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*.
- Loynaz, D. M. (noviembre de 2008). *Prometeodigital*. Obtenido de <http://prometeodigital.org/>
- Márai, S. (2011). *La mujer justa*. Barcelona: Ediciones Salamandra, S.A.
- Melich, J. C. (2012). *Filosofía de la finitud*. Barcelona: Herder.
- Mélich, J. C. (2015). *La lectura como plegaria*. Barcelona: Fragmenta Editorial.
- Muriel, B. (2006). *La elegancia del erizo*. Francia: Éditions Gallimard.

- Nothomb, A. (2008). *Biografía de hambre*. Barcelona: Anagrama.
- Poca, A. (2002). El espacio literario. En M. Blanchot. Barcelona : Editora Nacional Madrid.
- Rilke, R. M. (13 de noviembre de 2017). *Triararts*. Recuperado enero de 2018, de <https://trianarts.com/rainer-maria-rilke-el-poeta-de-nuevos-poemas/#sthash.ZiRHKKQ7.dpbs>
- Rorty, R. (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- Sontag, S. (2011). *Ante el dolor de los demás*. Bogotá: Random House Mondadori.
- Virgilio. (2000). *La Eneida*. (E. Ochoa, Trad.) Elaleph.com.
- Woolf, V. (2003). *La señora Dalloway*. Barcelona: S.A. Travesera.



SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, correo electrónico y número telefónico.

Tres conversaciones incómodas, exaltadas por relatos, poemas, e ideas epistemológicas propias y referencias literarias de otros/as autores/as quienes, con respeto, son invitados a participar de un íntimo holocausto. Reflexiones en torno a la guerra, el lenguaje, el amor y la religión aparecen en escena bajo un formato de escritura en apariencia desordenado, pero profundamente sólido en su interés de evidenciar las fracciones humanas dislocadas.

La primera recrea la conversación aguda y voraz entre una anónima fanfarrrona y una ciudad que quiere escribir-se, tensa conversación que despedaza moldes, retuerce sin clemencia los intestinos de una urbe ciega y farandulera. La segunda, despliega un diálogo menos colérico, entre la anónima ya golpeada por el peso de su soberbia, y una ciudad que empieza a escuchar: ambas protagonizan una lenta inundación. La última conversación recurre a la metáfora del kintsugi, técnica japonesa para la reparación de la cerámica rota, relata que cuando ha devenido el destrozo y reconocemos que somos historias en ciernes, nudos arrojados a la vida, surge la fuerza para soldar y restaurarse, en ello la literatura es una vía posible.

